

61 142  
actos de odio y amor

**LA HISPANO-CUBANA,**

Establecimiento literario comercial,  
de los señores Gullon, Lujan y Franco.

**EL TEATRO.**

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,  
calle de Hortaleza núm. 67.

1850.

14

## OBRAS PUBLICADAS.

---

- |  |  |
|--|--|
| LA CREACION DEL MUNDO Y EL<br>DILUVIO UNIVERSAL.                           | TRAIDOR INCONFESO Y MÁRTIR.                        |
| ¡ES UN ÁNGEL!  | LA BANDA DE LA CONDESA.                            |
| TRABAJAR POR CUENTA AJENA.   | NOBLEZA CONTRA NOBLEZA.                            |
| LA GLORIA DEL ARTE.  | UN AMORA LA MODA.                                  |
| JUAN SIN TIERRA.   | HACER CUENTA SIN LA HUÉSPE-<br>DA.                 |
| DON SANCHO EL BRAVO.   | LA MADRE DE SAN FERNANDO.                          |
| PARA HERIDAS LAS DE HONOR<br>Ó EL DESAGRAVIO DEL CID.                      | LOS AMANTES DE TERUEL.                             |
| MI MAMÁ.   | UN PAGE Y UN CABALLERO.                            |
| EL 5 DE AGOSTO.  | DON BERNARDO DE CABRERA.                           |
| LOS AMANTES DE CHINCHON,<br><i>(parodia de los Amantes de<br/>Teruel).</i> | ARCANOS DEL ALMA, (1. <sup>a</sup> par-<br>te).    |
| JUAN SIN PENA,   | UNA FALTA.   |
| EL ENSAYO DE UNA ÓPERA,<br><i>(zarzuela).</i>                              | LAS FLORES DE DON JUAN Ó<br>POBRE Y RICO TROCADOS. |
| UN DÓMINE COMO HAY POCOS.  | CON RAZON Y SIN RAZON.                             |
| LAS GUERRAS CIVILES.   | LECCIONES DE AMOR.                                 |
|  | DE AUDACES ES LA FORTUNA.                          |
|  | LAS APARIENCIAS.                                   |

# APECTOS DE ODIO Y AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

**Representada con aplauso en el Teatro de la Comedia.**



MADRID: 1850.

Imprenta de la Viuda de D. R. J. Dominguez,  
calle de Hortaleza núm. 67.

PERSONAS.

---

DON JUAN DE SILVA, *capitan de mosqueteros españoles.*

TEODORA.

INES.

BEATRIZ.

AREMBERG, *alférez tudesco.*

DON DIEGO DE TAVORA.

PEREIRA.

GIRON, *criado de don Juan.*

---

La escena pasa en Evora, por el mes de setiembre de 1500.

1580

---

Esta comedia es propiedad de los señores *Gullon, Lujan y Franco*, editores de la colección de obras dramáticas, titulada *EL TEATRO*, los cuales perseguirán ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino sin su autorizacion, conforme á la *Ley de propiedad literaria* y Real decreto orgánico de Teatros de 7 de febrero de 1849.

---

# ACTO PRIMERO.

---

*Sala amueblada con alguna ostentacion: dos puertas á cada lado, de las cuales, las de la izquierda del actor comunican con las habitaciones interiores de la casa. La mas inmediata al foro, en el lado opuesto, da salida á la calle. En el fondo un balcon. Al levantarse el telon, Ines estará delante del espejo. Beatriz á sulado, de pie.*

## ESCENA PRIMERA.

INES.—BEATRIZ.

INES. Beatriz, voy bien?

BEATRIZ. Estremada.

INES. Hermosa?

BEATRIZ. Como el amor.

INES. No me encuentras la color,  
dime la verdad, quebrada?

BEATRIZ. Jesus! mucho.

INES. Cuidadosa (*Volviéndose á Beatriz.*)  
por eso estoy.

BEATRIZ. Es creible?

INES. Sin color, ¿cómo es posible  
que una mujer esté hermosa?

BEATRIZ. No tengais de eso inquietud.

INES. Pues digo!..

BEATRIZ. Me maravilla!

Las rosas en la mejilla  
son indicios de salud:  
la salud, arguye calma,  
y esta, con toda evidencia,  
es señal de indiferencia  
y embotamiento en el alma.

INES. Pues no puede sin pasion,  
haber belleza?

BEATRIZ. Sí habrá;

pero nunca inspirará  
amor, sino admiracion.  
El hombre, nunca es devoto  
de la estatua yerta y muda,  
y ellos lo entienden sin duda.

INES. De mucho peso es el voto!

BEATRIZ. Y la palidez, tambien  
da espresion á un rostro bello.

INES. Quiero persuadirme de ello.  
Y en efecto, me está bien.

(Volviendo á mirarse al espejo.)

BEATRIZ. (Qué pronto se convenció!) (Con ironía.)

INES. Y dime, Beatriz.

BEATRIZ. Señora?

INES. Qué me dices de Teodora?  
es mas' bonita que yo?

BEATRIZ. Qué puede haber de comun...

INES. No es cierto?

BEATRIZ. De ningun modo.

INES. Pues mira, Beatriz! con todo;  
lo creerás? presume aun.

BEATRIZ. Delirio!

INES. Y sabes quizá,  
puesto que con ella fuiste  
al convento, ¿en qué consiste  
que tan abatida está?

¿De qué nace esa reserva  
conmigo? qué la entristece?

BEATRIZ. No lo sé; mas me parece  
que no pisa buena yerba.

INES. No me ha de pasar el dia

sin lograr...

BEATRIZ. No es fácil cosa.

INES. Pues mira, yo soy curiosa,  
y he dado en esa manía.  
De verla tan reservada,  
que al fin es mujer, me espanto.

BEATRIZ. En efecto.

INES. Dame el manto.

Sino es que está enamorada!

BEATRIZ. Enamorada? imposible!  
siempre en reclusion estrecha...

INES. No está demas la sospecha:  
es jóven, no es insensible,  
sale á misa y á sermon,  
y para dejarse ver,  
digo! no son menester  
mucho lugar ni ocasion.  
¿Pues necesitamos tanto  
para escuchar una queja,  
sinó en la paz de la reja,  
bajo el misterio del manto?  
¿Qué paredes ni cerrojos  
de amor el poder contrastan,  
si para entenderle, bastan  
el corazon y los ojos?

BEATRIZ. Trampas sabeis del amor?  
Qué fuera?..

INES. Calla! (*Con fingido rubor.*)

BEATRIZ. Me engaño?

INES. Acaso no.

BEATRIZ. Ya no estraño  
que hayais perdido el color.

INES. Mira.

(*Señalando á Teodora, que sale por la izquierda, pensativa y en traje de luto.*)

BEATRIZ. Ocasion mas feliz...

INES. Y no he de ser yo quien soy  
sino logro saber hoy...  
Déjanos solas, Beatriz.

## ESCENA II.

INES, TEODORA. *Esta sé habrá sentado al extremo opuesto de Ines.*

INES. Por qué siempre tan callada?

*(Dirigiéndose al lado donde está Teodora y apoyándose en el respaldo de su silla.)*

Qué tienes?

TEODORA. Melancolías.

INES. La causa?

TEODORA. Son penas mías.

INES. Cuéntame...

TEODORA. Que no! no es nada.

INES. Me tratas con sequedad.

TEODORA. Y para qué saber quieres?...

INES. Secretos entre mujeres, arguyen enemistad.

TEODORA. Te engañas.

INES. Mas tu tristeza  
no es tal, ni lo quiera el cielo,  
que no permita consuelo. *(Con intencion.)*

TEODORA. Eh? *(Mirándola asombrada.)*

INES. Perdona mi franqueza. *(Se sienta á su lado.)*

TEODORA. ¿No hay en mí razon bastante  
para este amargo tributo?  
¿no ha de reflejar mi luto  
del corazon al semblante?

INES. No digo que no: es razon  
que esa pérdida lamente;  
mas... ¿no es el dolor que hoy sientes,  
de diversa condicion?

TEODORA. ¿Pues tú de esta pena mía  
puedes sondar el abismo?

INES. Tal vez nacen de lo mismo  
tus penas y mi alegría!

TEODORA. Ines! *(Turbada.)*

INES. No somos perfectos. *(Con malicia.)*

TEODORA. Pero, cómo puede ser?..

INES. A veces suelen nacer



de una causa, dos efectos.

TEODORA. Sino esplicas tu intencion,  
no sé...

INES. No me has comprendido?

TEODORA. Cómo puedo?

INES. ¿Quién te ha herido

(*Mirándola fijamente.*)

ese pobre corazon?

TEODORA. Por Dios! no irrites, Ines,  
este pesar que devoro!  
harto á mis solas le lloro.

INES. Conque he acertado! lo ves?

TEODORA. Quién te dijo?..

INES. A nuestra edad,  
qué hay que pensar sino en bodas?  
¿y no adolecemos todas  
de la misma enfermedad?

TEODORA. Luego ya sientes amor?

INES. Pacto recíproco.

TEODORA. Bien.

INES. Mútua confianza.

TEODORA. Y quién?..

INES. Un galan como una flor.

TEODORA. Tú, tan severa y altiva,  
querer? cuéntame esa historia.

INES. Téngola yo en mi memoria,  
siempre tenaz; siempre viva.

TEODORA. Y cómo fue?

INES. De la guerra,  
apenas sordo el rumor  
vino á sembrar el terror  
por la faz de nuestra tierra,  
temeroso el padre mio,  
y á nuestro peligro atento,  
á tí te mandó á un convento,  
y á mí á Niza, con mi tio.  
Mas por cuanto, aquel lugar,  
aunque pobre y retirado,  
fue en breve tiempo turbado  
por la gente militar.

TEODORA. Qué me cuentas?

INES. Entró un dia

en casa, que nunca entrara,  
un capitan...

TEODORA. (Cosa rara!),

INES. Todo gala y bizarría.  
Díjome yo no sé qué  
de amor, de penas, de celos;  
pero yo, saben los cielos  
que al principio, ni escuché.  
Pasó un día y otro día:  
lucharon desden y amor,  
yo constante en mi rigor,  
él tenaz en su porfia.  
Mas, ¿quién en lucha tan fiera  
de que ha de vencer se alaba?  
el capitan me estrechaba,  
Teodora, de tal manera!..

TEODORA. Que al cabo vino á prender  
el fuego en tu pecho duro.

INES. Mina la constancia un muro,  
qué no hará de una mujer?

TEODORA. Y el nombre supiste?..

INES. Sí:  
cómo no? don Juan se llama.

TEODORA. Y te ama, Ines?

INES. Qué si me ama!

TEODORA. (Algun misterio hay aquí.)  
Y es... capitan!

INES. Capitan.

TEODORA. (Válgate Dios por el hombre!)  
Y don Juan tiene por nombre!

INES. Así se llama: don Juan.

TEODORA. ¿Nunca has temido mudanza  
en él?

INES. Satisfecha estoy.

TEODORA. Pues bien: ahora, Ines, yo voy  
á pagar tu confianza.

INES. Dí.

TEODORA. Cuando corrió esa voz  
que turbó nuestro sosiego,  
hízome llevar don Diego  
á un convento de Estremoz.  
Mas tambien...—Es maravilla

lo semejante...

INES. Qué, dí?

TEODORA. Tambien entraron allí  
los soldados de Castilla.

INES. Ya sé, pero...

TEODORA. Un capitan,  
—Dios le pague el buen ejemplo,—  
dió en visitar nuestro templo  
con harto notable afan.

Al pie de la reja mia  
y al hacer yo mi oracion,  
siempre aquel santo varon  
tambien su oracion hacia.  
Poco á poco, alzando fue  
hácia mí, tiernos los ojos;  
y yo fulminando enojos...

INES. Te ausentaste.

TEODORA. Le miré.

Primero, con pesadumbre:  
mas tarde, con aficion.

INES. Ya! por lo visto, esos son  
los trámites de costumbre.

TEODORA. Un dia, por no sé cual  
motivo, alguna rencilla,  
amotinose la villa  
contra la hueste real.  
Hubo desdichas y muertes  
de soldados y villanos;  
pero al fin los castellanos  
vencieron, como mas fuertes,  
y apaciguado el motin,  
en venganza del ultrage,  
abandonose al pillage  
la soldadesca ruin.  
Ya pienso que te he contado  
otra vez...

INES. Ya me digiste  
cómo en ese lance triste  
la vida te dió un soldado;  
mas si fuese....

TEODORA. El mismo, pues.

INES. Te habló?

- TEODORA. Falta yo de aliento,  
ni aun pude en aquel momento  
agradecerle cortés.  
Enlazada entre sus brazos,  
juzga tú cual estaria,  
que ni á su voz respondia  
ni esquivaba sus abrazos.
- INES. Nada le hablaste?
- TEODORA. Y me pesa.
- INES. Tanto el desmayo duró? (*Con malicia.*)
- TEODORA. No mucho; pero llegó  
á mal tiempo la abadesa.
- INES. Pues digo! que á no llegar  
la madre...
- TEODORA. Qué estás hablando?
- INES. No sé, Teodora, hasta cuando  
te dejabas abrazar.
- TEODORA. Qué quieres? toda turbada  
por el susto...
- INES. Y el contento...
- TEODORA. Si he de decir lo que siento,  
no estaba muy mal hallada.
- INES. ¿Y nada has averiguado  
que dar pueda alguna luz?...
- TEODORA. Me han dicho que es andaluz.
- INES. Malo! y su clase, su estado?..
- TEODORA. Entiendo que es caballero;  
mas no tan alto que asombre,  
y supe, á mas de su nombre,  
lo principal: que es soltero.
- INES. Y no hay mas?
- TEODORA. Aquí concluyo.
- INES. Y el dueño de tu albedrío,  
se llama...
- TEODORA. Juan.
- INES. Como el mio!
- Y es capitán...
- TEODORA. Como el tuyo!
- INES. Nombre y clase! qué sería?..
- TEODORA. Y ambos en esta campaña.
- INES. Ciertamente.
- TEODORA. ¿No es estraña,

Ines, nuestra simpatía?

### ESCENA III.

*Dichas y DON DIEGO.*

DIEGO. Ines?

INES. Mi padre!

DIEGO. ¿No es hora  
de ir á misa?

INES. (En qué momento  
vino! á lo mejor del cuento.)

DIEGO. (Tenemos que hablar, Teodora.) (*Ap. á Teodora.*)

INES. (Secretos entre los dos?)

DIEGO. A qué esperas? (*A Ines.*)

INES. Voime ya. (*Con humildad.*)

DIEGO. No te tardes.

INES. (Qué será?)

Vuestra mano, padre. (*Besando la mano á su padre.*)

DIEGO. Adios.

(*Ines se va por la derecha.*)

### ESCENA IV.

TEODORA.—DON DIEGO.

DIEGO. Teodora?

TEODORA. Señor?

DIEGO. Ya ves

cuan veloz el tiempo pasa:  
tres meses ha que en mi casa  
vives, al lado de Ines.

Las circunstancias son tales,  
que no hay esperanza alguna  
de mejorar tu fortuna:

los tiempos están fatales.

Sin padres, sin patrimonio,  
sola en el mundo, ¿no fuera

ventura, que te pidiera  
algun hombre en matrimonio?

TEODORA. Yo! señor...

DIEGO. Cuando esto digo,

no pienses que mi afan pasa  
á quitarte de mi casa  
el pan: el cielo es testigo.

TEODORA. (Ay!)

DIEGO. Ni yo fuera, qué error!  
capaz de alterar tu estado,  
á no hallar un hombre honrado  
que solicite tu amor.

TEODORA. Ojalá le halleis así,  
señor, porque es ya ese pan  
que en vuestra casa me dan,  
harto amargo para mí.

DIEGO. Qué fantasías te labras?  
quién te dice que aquí sobras?

TEODORA. Cuando lo dicen las obras,  
no son menester palabras.

DIEGO. Qué locura! pues si das  
en semejantes extremos...

TEODORA. Necios, no es verdad?

DIEGO. No hablemos  
en este negocio mas.

TEODORA. Pues qué! cuando esa ventura  
mi ambicion no satisfaga,  
¿no sabré yo quién se paga  
de esta mi humilde hermosura?

DIEGO. Es hombre, sino galan,  
poderoso y caballero.

TEODORA. El nombre saber espero.

DIEGO. Aremberg.

TEODORA. El aleman? (*Con desprecio.*)

DIEGO. Ahora me pidió tu mano.

TEODORA. Sin mirar en mi pobreza!

DIEGO. Tanto puede tu belleza.

TEODORA. Venís hoy muy cortesano.  
Me vais á hacer presumir  
que teneis grande interes...

DIEGO. En tu ventura? así es.

TEODORA. Mucho: eso quise decir.

DIEGO. El te quiere...

TEODORA. No lo dudo.

DIEGO. Pero si tú le aborreces...  
No te ha hablado?

TEODORA.

Algunas veces.

DIEGO.

Oiga!

TEODORA.

No peca de mudo;  
pero es sobre terco, necio,  
y con ese buen señor,  
inútil es el rigor;  
ineficaz el desprecio.  
Pobre Aremberg!

DIEGO.

La acritud  
con que le tratas, no apruebo.

TEODORA.

Aun yo ignoro, qué le debo  
de afecto ó de gratitud.

DIEGO.

Con nosotros le verás  
defender nuestro pendon.

TEODORA.

Esa será una razon  
para despreciarle mas.

DIEGO.

Qué dices?

TEODORA.

Quién vende así  
la fe que debe á su rey;  
quién mancha su honor, ¿qué ley  
me puede guardar á mí?

DIEGO.

Tú destruyes mi esperanza.

TEODORA.

Por qué razon? yo no creo...

DIEGO.

Dí, ¿no sientes el deseo  
natural de la venganza?  
Basta á tu madre, que llores  
sin tregua su injusta muerte,  
sin que en tu pecho despierte  
el odio á sus matadores?

TEODORA.

Oh! es cierto! y al negro afan  
de esos proyectos airados,  
eternamente ligados  
todos mis instintos van.  
Afan que de mi alma dueño  
mis pensamientos irrita,  
y hasta alcanzarlo, me quita  
la tranquilidad y el sueño.

DIEGO.

Pues bien: si el alférez hoy  
nuestros intentos ayuda,  
qué esperas?

TEODORA.

Tengo una duda,  
y á revelároslo voy.

- DIEGO. Te obstinas en no creer?..
- TEODORA. Bien pueden los castellanos haber manchado sus manos en sangre de una mujer; mas, ¿quién dice que no miente la fama? ¿quién asegura que no es alguna impostura del populacho insolente?
- DIEGO. Nuestros enemigos son, y en brava y sañuda guerra, cubriendo están nuestra tierra de luto y desolacion. Ejemplos hay...
- TEODORA. No lo niego, ni tanto rencor me estraña; pero á veces nos engaña del odio el instinto ciego.
- DIEGO. Mucho en su favor estás prevenida.
- TEODORA. Ingrata fuera si á esa gente aborreciera.
- DIEGO. Qué! nunca te olvidarás?..
- TEODORA. Si aun luce para mí el sol, si respiro todavia, lo debo á la bizarría de un capitan español.
- DIEGO. Sí: ya me has dicho... (*Con impaciencia.*)
- TEODORA. Por él la soldadesca atrevida mi honor respetó y mi vida en aquel trance cruel.
- DIEGO. Comprendo muy bien, Teodora, y que me duele confieso; mas no riñamos por eso. El aleman viene ahora á exigir contestacion.
- TEODORA. Jesus!
- DIEGO. Es fogoso el hombre, y yo quisiera en tu nombre entretener su pasion.
- TEODORA. Cómo!
- DIEGO. Teodora, es preciso.



- TEODORA. Y mañana, qué dirá?...  
DIEGO. Entonces, mio será  
y no tuyo, el compromiso.  
TEODORA. Yo no me mezclo...  
DIEGO. Así es.  
TEODORA. Mirad. (*Mirando á dentro.*)  
DIEGO. Viene ya?  
TEODORA. Y os dejo;  
pero antes os aconsejo...  
DIEGO. Ahora no es tiempo: despues.

(*La empuja suavemente hasta hacerla salir por la izquierda.  
Aremberg sale por el lado opuesto.*)

## ESCENA V.

DON DIEGO.—AREMBERG.

- AREMBERG. No es vuestra pupila?  
DIEGO. Sí.  
AREMBERG. Huye de verme, Teodora,  
ó tal vez?..  
DIEGO. Es el rubor  
natural.  
AREMBERG. Y eso, qué estorba?..  
DIEGO. La edad, el sexo, y tambien  
la educacion, ocasionan  
esos melindres.  
AREMBERG. Pero ella,  
me desahucia, ó se conforma?  
DIEGO. Antes, preciso es que hablemos  
de otro asunto. (*Se sientan.*)  
AREMBERG. Es que me ahoga  
la impaciencia...  
DIEGO. Mi pupila,  
es huérfana.  
AREMBERG. Eso se ahorra  
el que fuere su marido,  
para no temer discordias.  
DIEGO. Su padre, que en mejor vida  
la paz de los justos goza,  
fue en su tiempo negociante,

y no con ventura corta.  
Fletó buques á las Indias,  
tuvo almacenes en Goa;  
pero el mar tragó su hacienda  
derrotándole una flota:  
y por colmó de desdichas,  
ya de Argel sobre la costa,  
le aprisionaron piratas  
y pereció en su mazmorra.  
Con esto, ya os lo podeis  
figurar: quedó Teodora  
pobre...

AREMBERG. Ya os digo, don Diego,  
que no es eso lo que importa.

DIEGO. Pero es mi deber hablaros  
con franqueza.—Al verla sola  
con una madre anciana  
y en edad tan peligrosa,  
la trage á mi casa, donde,  
sino está como en la propia,  
vive á lo menos guardada  
como conviene á su honra.  
Mas tarde, como sabeis,  
sobrevino la espantosa  
catástrofe, en que perdió  
la anciana madre que aun llora.

AREMBERG. ¿Y saberse no ha podido  
jamás?...

DIEGO. Las noticias todas  
convienen, en que fue hazaña  
de las huestes españolas.

AREMBERG. Y en fin, Teodora...

DIEGO. Consiente,  
ya que no en ser vuestra esposa  
desde luego, en que espereis.

AREMBERG. Si tanto mi dicha logra...

DIEGO. Y ya hubiera respondido  
mas apacible, si en otra  
ocasion...

AREMBERG. Decis muy bien:  
lutos entristecen bodas.

DIEGO. Quiere, ademas, estudiar

vuestro genio, y por las obras  
juzgar, si es tal vuestro amor  
que pueda hacerla dichosa.

Hubo el rubor encendido.  
y el, «mirarlo mucho importa,»  
y en fin, la eterna cartilla  
que ellas saben de memoria.

AREMBERG. De suerte, que esa esperanza  
no la juzgais tan remota  
que...

DIEGO. No por cierto.

AREMBERG. Y pensais  
que me quiere?

DIEGO. Que os adora;  
mas no vayais á decirla...

AREMBERG. Por qué?

DIEGO. Ni la habéis á solas  
sinó quereis enojarla.  
La pobrecilla es tan corta!..

AREMBERG. Pues no me la figuraba  
así.

DIEGO. La apariencia es otra;  
mas tiene el alma de un niño,  
y el candor de una paloma.

AREMBERG. Feliz yo si la consigo.

DIEGO. Pues contad con la victoria,  
y pasemos al negocio  
aquel.—Cómo van las cosas?

AREMBERG. Bien; ya me he dado á entender  
con todos, y á poca costa  
conseguiremos hacerlos  
nuestros.

DIEGO. Eso es lo que importa.

AREMBERG. Cuando llegue la ocasion,  
haced vos que el oro corra,  
que no faltará un soldado  
de cuantos van en mi tropa. (*Se levantan.*)

DIEGO. Solo falta que Pereira...

AREMBERG. Ya tarda!

DIEGO. Sí; y cada hora  
que trascurre, es un martirio  
que alimenta mi zozobra.

- Y quién sabe? acaso el rey  
mi proposicion desoiga.
- AREMBERG. Qué! ¿juzgará por ventura,  
que á sostener su corona  
bastan los débiles muros  
de Santarem y Lisboa?  
¿Piensa resistir acaso  
con sus escuadras visoñas  
del irritado Felipe  
á las huestes vencedoras?
- DIEGO. Y qué estrañais? pocas veces  
penetrar la verdad logra,  
donde hacen guarda á los reyes  
la mentira y la lisonja.  
Hoy que proclamando guerra  
con el clamor de sus trompas,  
sobre nosotros, España  
sus bravos tercios arroja,  
tal vez en torpe letargo  
al destino se abandona,  
y ay de él! ¡ay de Portugal  
si una vez la frente dobla!
- AREMBERG. Esperad: si no me engaño,  
pienso ver... (*Asomándose al balcon.*)
- DIEGO. Qué? (*Dirigiéndose al balcon.*)
- AREMBERG. Se me antoja  
que ese hombre...
- DIEGO. Viene á caballo!
- AREMBERG. Y la direccion que toma...
- DIEGO. Sí; no hay duda: es él.
- AREMBERG. Pereira!
- DIEGO. Dios mis esperanzas colma.
- AREMBERG. Ya sube.
- DIEGO. Entrad, que no os halle.
- AREMBERG. Don Diego! (*Con estrañeza.*)
- DIEGO. Pereira ignora  
que sois nuestro, y que no os vea  
hasta que le avise, importa.
- AREMBERG. Os obedezco. (*Vase por la izquierda.*)

## ESCENA - VI.

DON DIEGO, PEREIRA. *Este, en traje de camino y cubierto de polvo.*

DIEGO. Pereira!

PEREIRA. A Dios gracias.

DIEGO. No nos oigan. (*Bajando la voz.*)—  
Muerto te juzgaba.

PEREIRA. Muerto?

No era tan difícil cosa,  
que aun yo dudo si estoy vivo.

DIEGO. Qué! has hallado?..

PEREIRA. Santa Mónica!

cada paso es un peligro  
por esa tierra fragosa.

DIEGO. Pero al fin...

PEREIRA. Al fin logré

ver al monarca en persona.

DIEGO. Le has hablado! y qué te dijo?

PEREIRA. Por mí este pliego os responda. (*Dándole un papel.*)

DIEGO. Lo estoy viendo y aun lo dudo.

(*Lee.*) «A don Diego de Tabora.»

Veamos. (*Abriendo el pliego.*)

PEREIRA. Sin duda os pide  
auxilios.

DIEGO. Toda mi gloria  
se cifra en verter mi sangre...  
Y dí, ¿cómo van las cosas  
de la guerra?

PEREIRA. El duque de Alba  
no encuentra quien se le oponga.

Uno tras otro, los pueblos  
sin esperanza abandonan  
nuestra causa, y la bandera  
de don Felipe, tremolan.

DIEGO. Pero Lisboa aun resiste.

PEREIRA. No, don Diego! al verse sola  
en la lucha, abrió sus puertas  
á las huestes vencedoras.

DIEGO. Y el rey?

PEREIRA. Quedaba en Coimbra

con fuerzas tan numerosas,  
que aun pueden dar esperanzas  
de disputar la victoria.

DIEGO. Y la Francia?

PEREIRA. No se olvida  
de sus sangrientas derrotas,  
y teme el poder de España.

DIEGO. Es posible! (*Abatido.*) Mas qué importa?  
Roma con valor defiende  
nuestros derechos.

PEREIRA. Sí: Roma,  
con breves y excomuniones  
nuestra decision apoya.

DIEGO. Pues bien: así, si vencemos,  
será mayor nuestra gloria.

PEREIRA. Seguro.

DIEGO. Veamos si el rey  
aprueba... (*Lee para sí.*)  
Bien: esto sobra  
para que hoy el Alentejo  
ansioso á las armas corra.

PEREIRA. Veremos.

DIEGO. Aquí no hay una  
que para la lid dudosa  
su corazon y su espada  
en la balanza no ponga.

PEREIRA. Todos?

DIEGO. Y hoy mismo empezamos  
nuestra carrera gloriosa.

PEREIRA. ¿Y los soldados tudescos  
que en nuestra villa se alojan?  
Considerad...

DIEGO. Aremberg  
que manda la fuerza toda,  
ayudará nuestro intento.

PEREIRA. Cosas decís que me asombran.  
¿Y no fuera muy posible  
que nos vendiese?

DIEGO. ¿Y tan loca  
juzgas tú mi confianza  
que en él sin razon la ponga?

PEREIRA. Mas...

- DIEGO. Vió á Teodora el tudesco;  
la habló, pareciole hermosa...
- PEREIRA. Entiendo: y ella...
- DIEGO. No hay medio  
de que á su amor corresponda.
- PEREIRA. Quiere decir, que el alférez,  
con la esperanza remota  
de obligarla...
- DIEGO. Nos ayuda.  
Pero hablemos de otra cosa.  
Pasaste por Estremoz?
- PEREIRA. Pasé: ya nadie os estorba  
la posesion de esos bienes.
- DIEGO. Que en fin, la causa se ignora...
- PEREIRA. Todos á una voz acusan  
de aquel desastre, á las tropas  
de Castilla.
- DIEGO. ¡Quiera Dios  
que el velo no se descorra!
- PEREIRA. Remordimientos?...
- DIEGO. Pereira!  
esas horribles memorias  
me atormentan, y del sueño  
la tranquilidad me roban.
- PEREIRA. Silencio!
- DIEGO. Tienes razon.  
*(Acercándose á la puerta de la izquierda.)*  
Podeis salir.

## ESCENA VII.

*Dichos y AREMBERG.*

- AREMBERG. Qué noticias?..
- DIEGO. La suerte está echada.
- AREMBERG. Bueno!  
Y cuándo?...
- DIEGO. Esta noche misma.
- AREMBERG. Tan pronto?
- DIEGO. En tales empresas,  
alcanza mas la osadía  
que la prudencia: á las armas,

y fuégo y arda Castilla.

AREMBERG. Por mí, estoy pronto.

DIEGO. Y si acaso

vuestros tudescos vacilan,  
oro teneis en mis arcas.

AREMBERG. En eso el negocio estriva.

DIEGO. Pues bien, id, y no perdais  
el tiempo: desde este dia  
se van á ver frente á frente  
los leones y las quinas.  
¡Si Dios quisiese, Aremberg,  
que de esta vegez ya fria  
el hielo se derritiera  
en el volcan de mis iras!

AREMBERG. Con tal valor, ya nos dais  
ejemplo.

DIEGO. ¿Y quién no se anima  
á dar por tan noble causa  
su sangre?—Vamos, daos prisa  
y prevenid á los vuestros.

AREMBERG. No faltarán. (*Vase por la derecha.*)

## ESCENA VIII.

DON DIEGO, PEREIRA, luego BEATRIZ.

DIEGO. Si hoy esquiva  
no me abandona la suerte,  
¡cuánto, cuánto, ambicion mia,  
vas á remontar tu vuelo  
hácia ese sol que codicias!  
Si el rey me debe su trono,  
si arrebató su conquista  
al español...

PEREIRA. Alguien viene,  
señor.

DIEGO. Quién es?

PEREIRA. Beatricilla.

BEATRIZ. (*Sale corriendo por la derecha.*)

Señora! señora!

DIEGO. ¿Qué  
es eso?



- BEATRIZ. Yo... si...
- DIEGO. A quién gritas?
- BEATRIZ. Es que...
- DIEGO. Contesta.
- BEATRIZ. En el pueblo  
está entrando infantería  
española.
- PEREIRA. Y es verdad. (*Asomado al balcon.*)
- DIEGO. (Qué casualidad maldita!)  
(*Asomándose al balcon y aparte con Pereira.*)
- PEREIRA. (En efecto.)
- DIEGO. El capitan  
dirige hacia acá la vista.
- BEATRIZ. (Toma! como que estará  
á la reja...)
- DIEGO. (Hay tal desdicha?)
- PEREIRA. Tal vez pensará alojarse  
acá.
- BEATRIZ. (Vaya! y que estaria  
mejor que en otras cuidado.)
- DIEGO. Quién entra aquí?

## ESCENA IX.

*Dichos y GIRON.*

- BEATRIZ. (Dios me asista!  
es Giron.)
- DIEGO. Hola! qué es esto?
- GIRON. Dios guarde á vueseñoría.
- DIEGO. Qué traeis?
- GIRON. Bien poca cosa.  
El señor don Juan de Silva,  
capitan de mosqueteros,  
llega con su compañía,  
y ha elegido vuestra casa  
para su morada.
- DIEGO. Indigna  
es de tal honra.
- GIRON. (Ni así  
escusarás la visita.)
- DIEGO. Mas decidle que mi casa...

GIRON. Mejor es que se lo diga  
vuesarcé, puesto que él viene.  
DIEGO. (Paciencia, pese á mis iras!)

## ESCENA X.

*Dichos y DON JUAN. Luego TEODORA.*

JUAN. El cielo os guarde.  
DIEGO. Yo os doy,  
capitan, la bien venida.  
Tomad asiento.  
JUAN. En verdad  
que es lo que mas necesita  
mi cuerpo.  
DIEGO. ¿Ha sido penosa  
la jornada?  
JUAN. Cuesta arriba.  
TEODORA. (¡Dios quiera, Beatriz, que pueda  
disimular mi alegría!)  
(*Sale por la izquierda con Beatriz.*)  
BEATRIZ. (Y él?)  
JUAN. (No me engañé.) Señora?.. (*Se levanta.*)  
TEODORA. Capitan?.. (*Inclinándose.*)  
JUAN. Es vuestra hija? (*A don Diego.*)  
DIEGO. No.  
JUAN. Portentosa belleza! (*Mirando á Teodora.*)  
Perdonad. (*A don Diego.*)  
DIEGO. Es mi pupila.  
GIRON. (Nos han conocido.) (*Ap. á don Juan.*)  
JUAN. (Cierto!)  
DIEGO. Por si el descanso os alivia,  
voy á mandar que os preparen  
cuarto fresco y cama limpia,  
que es, despues de una jornada,  
cosa siempre apetecida.  
JUAN. Decis muy bien: ¿habeis sido  
soldado?  
DIEGO. En mejores dias  
tambien serví; mas la edad  
postró mi arrogancia altiva.  
JUAN. No tal: aun estais robusto.

DIEGO. Quién sabe... (*Con malicia.*)  
JUAN. No estrañaría...  
DIEGO. Con vuestro permiso: voy  
á ordenar que al punto os sirvan.  
Corre, Pereira! al tudesco (*Ap. á Pereira.*)  
de esta novedad avisa. (*Vanse los dos.*)  
JUAN. Teodora!  
TEODORA. Don Juan!  
GIRON. (*Jurara (Ap. á Beatriz.)*  
que estorbamos, Beatricilla.)  
JUAN. Giron?  
GIRON. (*No dige?*) (*Vase.*)  
TEODORA. Beatriz!  
si alguno viniere, avisa.  
(*Beatriz se dirige á una de las puertas de la izquierda.*)

## ESCENA XI.

TEODORA.—DON JUAN.

TEODORA. Posible es que al fin os veo?  
JUAN. ¿Posible es que se ha cumplido  
mi mas ardiente deseo?  
Aun os miro y no lo creo.  
TEODORA. Tanto vuestro anhelo ha sido?  
JUAN. Podeis dudarlo? ¿pues qué,  
hay ya para mí otra gloria  
desde que veros logré,  
que adorar vuestra memoria  
y consagraros mi fe?  
Desde entonces, siempre ansioso  
voy de vuestro amor en pos:  
desde ese instante dichoso,  
no hay ya para mí sin vos  
ni ventura ni reposo.  
Mas por bien sufridos doy  
mis tormentos y mi afan,  
pues que á vuestro lado estoy.  
Os reis?  
TEODORA. Vaya! no soy  
tan crédula, capitan.  
JUAN. Lo dudais! por vida mia

- que no alcanzo la razon.
- TEODORA. Perdone vueseñoría;  
mas, ¿cómo nació en un dia  
toda esa horrible pasion?
- JUAN. Quien una vez llega á ver  
la luz de esos ojos claros,  
mal resiste á su poder.  
Aun tanto no es menester,  
mi señora, para amaros.
- TEODORA. No os olvidásteis de mí?
- JUAN. Vuestra imágen, que es mi gloria,  
nunca se apartó de aquí.  
Y vos?
- TEODORA. Jamas conseguí  
lanzaros de mi memoria.
- JUAN. Era tal vuestro deseo?
- TEODORA. Sí, capitán, porque fuera  
insensato devaneo,  
que mi corazon os diera  
cuando vuestro amor no creo.  
En vano vuestra ternura  
cortesano exagerais  
ponderando mi hermosura,  
que no es tanta mi locura  
como vos lo imaginais.
- JUAN. Si persistis tan severa  
en esa incredulidad,  
en vano mi fe os venera.
- TEODORA. Amor que ya desespera,  
poco tiene de verdad.
- JUAN. ¿Y pensais que lograré  
convenceros?
- TEODORA. Es posible.
- JUAN. Y me amareis?
- TEODORA. No lo sé,  
que no soy tan insensible...  
Todo lo vence la fe.
- JUAN. Si eso á obligaros alcanza,  
toda mi existencia os doy  
en cambio de una esperanza.
- TEODORA. Poneis mucho en la balanza,  
y agradecida os estoy.

- JUAN. Luego pagais mi aficion,  
y solo por un capricho  
dilatais la confesion.
- TEODORA. Cómo, don Juan! yo eso he dicho?
- JUAN. Debe entenderse...
- TEODORA. Ilusion!
- JUAN. Me habré engañado?
- TEODORA. Tal vez!  
Aceptar vuestra ternura  
tan presto... Sed vos el juez.
- JUAN. Fuera falta de cordura?
- TEODORA. O sobra de candidez.
- JUAN. ¿Habeis tenido ocasion  
para dudar?..
- TEODORA. No os asombre.  
Teneis muy mala opinion.
- JUAN. Oiga! y la causa?..
- TEODORA. Sois hombre...
- JUAN. Poderosa es la razon.  
Y esa sola?..
- TEODORA. Hay muchas mas.
- JUAN. Haced porque sean mejores.  
Hay otros cargos?..
- TEODORA. Quizás.  
¿No habeis tenido jamas  
por el mundo otros amores?  
(Qué sencillez!) No os lo niego.
- JUAN. Como cuántos?
- TEODORA. No os diré...
- JUAN. Repasad la cuenta, os ruego.
- JUAN. Eso no es posible.
- TEODORA. Fuego!  
Miren como anda la fe.
- JUAN. Cosas del mundo, señora.
- TEODORA. Y no pasion?
- JUAN. No: capricho.
- TEODORA. Y amor?
- JUAN. Solo á vos, Teodora.
- TEODORA. Y eso que decis ahora,  
á cuántas se lo habeis dicho?
- JUAN. A nadie con fe tan pura  
rendí mi amor.

- TEODORA. No quisiera  
calumniar vuestra ternura.  
Esperemos...
- JUAN. Quien espera,  
da treguas á su ventura.
- TEODORA. Es preciso.
- JUAN. Y mi afliccion,  
cuándo encontrará consuelos?
- TEODORA. Cuando yo tenga ocasion  
de probar vuestra pasion...  
(y de averiguar mis celos.)  
Mas ya es tiempo... (*Hace que se va.*)
- JUAN. ¿Os podré ver  
mas tarde?
- TEODORA. Sí.
- JUAN. Cuándo?
- TEODORA. Luego,  
y adios, que nos pueden ver.
- JUAN. Antes piadosa á mi ruego  
endulzad mi padecer.  
(*Queriendo cogerla una mano.*)
- TEODORA. Eh! capitan! (*Fingiendo enojo.*)
- JUAN. Esa mano  
de trasparente cristal... (*Cogiéndosela.*)
- TEODORA. Soltad.
- JUAN. Resistis en vano. (*Se la besa.*)
- TEODORA. Cuidado no me hagais mal!
- JUAN. Qué hermosa!
- TEODORA. Qué cortesano!

## ESCENA XII.

*Dichos y BEATRIZ*

- BEATRIZ. Señora! (*Saliendo de repente.*)
- TEODORA. Ay Jesus! Beatriz,  
me has asustado!
- BEATRIZ. En verdad?  
(*¡Cómo estais tan distraida (Ap. á Teodora.)  
con el dichoso galan!  
Y si don Diego lo viera?*)
- TEODORA. (*¡Oh ¡que es tan grande mi afan,*

- que no sé si en su presencia lo podré disimular!)
- BEATRIZ. Qué! ¿no os habeis olvidado de nosotras, capitan?
- JUAN. ¿Se olvida un hombre tan pronto de su dicha?
- BEATRIZ. Por acá, tambien de vuestras memorias ha habido...
- TEODORA. ¿No callarás, Beatriz?
- BEATRIZ. Y largos suspiros.
- TEODORA. Ay Dios!
- JUAN. Dejadla acabar, que estoy oyéndola, y dudo de tanta felicidad.
- BEATRIZ. Incrédulo sois!
- TEODORA. ¿No lo oyes, Beatriz?
- BEATRIZ. Mozo tan galan, ¿de semejantes venturas puede un momento dudar? Conque decias?..
- JUAN. Ya, nada, sino que ha entrado la paz en esta casa con vos. Ya se empieza á despejar aquel rostro antes nublado.
- TEODORA. Don Diego viene: callad.

### ESCENA XIII.

*Dichos y DON DIEGO.*

- DIEGO. Señor capitan, mi huésped, cuando querais descansar, teneis preparado el lecho.
- JUAN. Y mi criado?
- DIEGO. Allá está.
- JUAN. Puesto que me dais licencia...
- DIEGO. Al punto os avisarán que esté la mesa.

- JUAN. Si acaso  
incomodo, perdonad;  
pero es tan aperreada  
esta vida militar,  
que es fuerza que nos busquemos  
compensaciones... (*Mirando á Teodora.*)
- DIEGO. Andad.  
Ya os digo que fuí soldado,  
y aquí disculpado estais.  
(Mucho le cuesta el marcharse:  
ó fatigado no está,  
ó... Yo observaré.)
- JUAN. (No demos  
al viejo que sospechar.)  
Adios, señora!
- DIEGO. Hasta luego.
- JUAN. (Perdido voy.)
- DIEGO. Descansad.
- BEATRIZ. No es mala la que se enreda.

(*Don Diego va acompañando á don Juan hasta la puerta de la izquierda. En el momento mismo, aparece Ines en la puerta que da salida á la calle, y al conocer á don Juan, se dirige á Teodora manifestando la mayor alegría.*)

- INES. Teodora! mi capitan!
- TEODORA. Querida Ines: el *mí* sobra.
- INES. No entiendo.  
(*Mirándola con sorpresa y desconfianza.*)
- TEODORA. Ya entenderás.  
(*Con malicia, y dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)



---

## ACTO II.

---

*Sala inmediata á la habitacion del capitán. Una puerta á cada lado, y otra al fondo. Sobre una mesa, habrá una maleta; y esparcidos por las sillas, el sombrero, colete y espada de don Juan. Al levantarse el telón, estará Beatriz en la escena con algunos objetos de labor en la mano, y Giron en la puerta del fondo, en actitud de cerrarle el paso.*

### ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ.—GIRON.

- BEATRIZ. Giron? (*Enojada.*)  
GIRON. Beatriz?  
BEATRIZ. Deje el paso,  
ó por Dios que daré voces.  
Se aparta?  
GIRON. No te me vas  
si primero no respondes.  
BEATRIZ. Ya os he dicho que veremos.  
GIRON. Veremos! (*Descontento.*)  
BEATRIZ. Este es el órden  
natural: una doncella  
recatada y de mi porte,  
no debe...

- GIRON. Mira, Beatriz!  
me matan las reflexiones.  
Nosotros, los que vivimos  
subordinados al toque  
de la caja y del clarín,  
queremos al paso doble!
- BEATRIZ. Señor Giron, ya le entiendo!
- GIRON. Y en estos tiempos que corren,  
Beatriz, no hay ni puede haber  
seguridad para un pobre.  
Y es condicion de la guerra...
- BEATRIZ. Yo soy neutral.
- GIRON. No hay emboque.  
¡Neutral, y á flecharme vienes  
los rayos de esos dos soles,  
que por todas partes van  
taladrando corazones!
- BEATRIZ. Trapacero! (*Sonriéndose.*)
- GIRON. (Ya se ablanda.)  
Ven aquí! no te me enojés.  
(*Acercándose á ella poco á poco.*)
- BEATRIZ. Yo no soy ninguna harpía,  
ni tengo el pecho de bronce.
- GIRON. Es claro!
- BEATRIZ. Y siempre que sea  
con sano fin...
- GIRON. Se supone!
- BEATRIZ. Y que no se me desmande...
- GIRON. Me agravian esos temores!  
Junto á las damas soy yo  
mas comedido que un monge. (*La abraza.*)
- BEATRIZ. Ya lo veo! hágase allá, (*Rechuzándole.*)  
y cante; pero no toque.
- GIRON. Convenido: ¡si á la fuerza  
no hallarás otro mas dócil!
- BEATRIZ. Quiéreme bien?
- GIRON. Con el alma.
- BEATRIZ. Será constante?
- GIRON. Soy hombre.
- BEATRIZ. Y ese amor es solo á mí?
- GIRON. A tí sola... (y á otras doce.)
- BEATRIZ. En ese caso, aceptada

está la paz.

GIRON. Puedo entonces...

BEATRIZ. Venga acabada la guerra;  
y con tal que vuelva incólume,  
digo, que no le cercenen  
de algun revés ó mandoble,  
proveeré.

GIRON. ¿No saldrá el sol  
de esa belleza esta noche?

BEATRIZ. Si quiere verle, la casa  
tiene rejas y balcones.

GIRON. No faltaré.

BEATRIZ. El capitan?...

GIRON. Dormido está como un roble.

BEATRIZ. No olvide lo que le he dicho.

GIRON. Lo de la reja? (*Se va acercando á ella.*)

BEATRIZ. No, torpe!

Que quiere ver á don Juan  
mi señora: que en su nombre  
vine aquí.

GIRON. Pues! y es muy justo  
que lleves pagado el porte.

(*Va á abrazarla y en este momento aparece doña Ines en la  
puerta del fondo.*)

## ESCENA II.

DOÑA INES, BEATRIZ, GIRON.

BEATRIZ. Chiton! (*Viendo á doña Ines.*)

GIRON. (Doña Ines!)

INES. (Qué ve!)

GIRON. (Bueno!)

INES. Beatriz, ¿qué desórden  
es este?

BEATRIZ. Nada! venia  
á recoger mis labores,  
como el huésped se ha alojado  
en estas habitaciones...

INES. Teodora te necesita.

BEATRIZ. Y como son estos hombres  
tan desalmados...

(*Mirando á Giron con ojos amenazadores.*)

INES.

Bien, vete.

(Si él me indicara algun norte  
para aclarar mis sospechas...)

Despeja, Beatriz, no me oyes?

(*Vase Beatriz por la puerta del fondo.*)

### ESCENA III.

DOÑA INES.—GIRON.

GIRON.

(Esto se enreda.)

INES.

Giron;

qué es eso? no me conoces?

GIRON.

Ah! sí... vaya!.. pero quien?..

—Pues ahora caigo! qué zote!

INES.

Y don Juan, cómo ha llegado?

GIRON.

Cansadillo: desde anoche  
hemos venido rompiendo  
por entre breñas y montes.

INES.

Reposa! bien; pero dime...

—A tí nada te se esconde,  
y ya sabrás...

GIRON.

En efecto!...

Pche! no digo yo que ignore...

INES.

Puesto que á su lado vives  
y sus secretos conoces,  
sabrás si aun guarda memoria  
de aquel tiempo...

GIRON.

Está en el órden.

INES.

Y aquella! fidelidad  
que tantas veces jurome.

GIRON.

Es posible: en ese punto,  
no tiene igual en el orbe,  
y en cuanto á memoria, vaya!  
no! no olvida á dos tirones...

INES.

Y constancia, dí?

GIRON.

Constancia?

puede: segun y conforme.

Entre soldados no es esa  
la moneda que mas corre.

INES.

Es decir, que me ha olvidado!

- GIRON. No señora! no es un óbice...  
Es la regla; mas las reglas  
suelen tener escepciones.  
Y el que tenga tal ventura  
que acá por la tierra logre  
encontrar un ángel...
- INES. Eh?
- GIRON. No os llama por otro nombre.
- INES. Bien dige yo: no podia  
caber en alma tan noble  
una traicion.
- GIRON. Es verdad.  
(Viendo á Teodora en la puerta del fondo.)  
(Giron... esto se compone.  
No estoy bien aquí.)
- INES. (Qué es eso?)  
(Notando el desasosiego de Giron.)
- GIRON. Con vuestra licencia, voime  
á mis quehaceres. (Zafemos  
el bulto, por lo que importe.)  
(Se va por la puerta de la izquierda.)

#### ESCENA IV.

TEODORA.—INES.

- INES. Aquí estabas?
- TEODORA. Ya lo ves.
- INES. (Por eso!.. comprendo ahora.)  
(Mirando á la puerta por donde se fue Giron.)  
Qué te trae aquí, Teodora?
- TEODORA. Cómo aquí viniste, Ines?
- INES. Qué quieres? amor obliga  
á tanto: le lloré ausente,  
y pues tu pecho ya siente  
de esta pasion la fatiga,  
tú disculparme sabrás.
- TEODORA. Mucho le quieres!
- INES. Le adoro.
- TEODORA. Y así arriesgas tu decoro!..
- INES. Yo...
- TEODORA. No hagas esto jamas.

- INES. Como el capitán dormía,  
saber quise por Giron  
si es de don Juan la afición  
durable como la mía.
- TEODORA. Y qué dice?
- INES. Siempre fiel  
á mi afecto corresponde.
- TEODORA. De qué lo sabe?
- INES. Responde  
con seguridad por él.
- TEODORA. No pueden mentir los dos?
- INES. Estás incrédula! (*Con disgusto.*)
- TEODORA. Oh! sí!
- INES. Él no piensa sino en mí.
- TEODORA. (Mala pascua le dé Dios!)  
Cuenta Ines, que no le llores  
ingrato, si infiel se muda.
- INES. Valgo yo poco sin duda, (*Picada.*)  
para tan altos amores.  
¿No es esto lo que me quieres  
decir?
- TEODORA. No: de eso no trato.
- INES. Por qué has de juzgarle ingrato?
- TEODORA. (Pobre Ines! qué imbécil eres!)
- INES. Como envidias mi ventura,  
eso dices, y es perfidia...
- TEODORA. Para despertar mi envidia,  
bastaba ya tu hermosura.
- INES. Irónica estás.
- TEODORA. Por qué?
- INES. Aunque te pese, Teodora,  
yo sé que don Juan me adora.
- TEODORA. Y yo... lo contrario sé.
- INES. Los hidalgos de Castilla,  
faltar así... fuera bueno!
- TEODORA. El mundo todo está lleno  
de esa pícara semilla.
- INES. No merecen nuestro amor  
si eso es cierto.
- TEODORA. Y qué logramos?  
Preciso es que los queramos  
como los hizo el Criador.

- INES. Preciso? ¡qué fácil eres,  
Teodora! nada te apura.
- TEODORA. Pues dí, ¿somos por ventura,  
mas perfectas las mujeres?
- INES. A nosotras nos obliga  
la fe de nuestros amores:  
somos, sin duda, mejores.
- TEODORA. Ines... no sé qué te diga.
- INES. Discursos haces muy bellos!  
si te oyesen...
- TEODORA. Eso no!  
Esto no lo diré yo  
en donde me escuchen ellos.
- INES. Pero dí... calma mi afan!  
Tú sabes que me ha olvidado?
- TEODORA. Cuentas, Ines, demasiado  
con la fe del capitán.
- INES. Pues otro amor le desvela?  
Cómo lo sabes?
- TEODORA. Advierte  
que puedo, hablando, ofenderte.
- INES. Es ironía?
- TEODORA. Es... cautela.
- INES. A quién se atreve á mirar?
- TEODORA. A mí.
- INES. A tí? presuntüosa!
- TEODORA. Me tiene por mas hermosa;  
puédolo yo remediar?
- INES. Mas hermosa!
- TEODORA. No te asombres.
- INES. Pues comparárteme quieres?
- TEODORA. Tambien, como las mujeres,  
tienen caprichos los hombres.
- INES. Fuera traicion!
- TEODORA. Lo confieso.
- INES. Fuera... necedad!
- TEODORA. Es justo;  
pero en fin, tal es su gusto:  
le hemos de matar por eso?
- INES. ¿Y por qué presumes, dí,  
que tu cariño prefiere?  
qué te ha dicho; que te quiere?

- tambien me lo ha dicho á mí.
- TEODORA. En efecto, no hay razon (*Pensativa.*) para fiar...
- INES. No te asombres: así son todos los hombres.
- TEODORA. Bien dices: muy malos son!
- INES. Esa conducta es estraña.
- TEODORA. Y á ambas su perfidia oculta.
- INES. Resulta de esto...
- TEODORA. Resulta que á una de las dos engaña.
- INES. Y á una y otra, porque no?
- TEODORA. Eso ya... creerlo no puedo.
- INES. Pues yo, Teodora, no cedo..
- TEODORA. Bien haces: tampoco yo.
- INES. Le hablaré.
- TEODORA. Sí? yo tambien.
- INES. Pero sin ira.
- TEODORA. Con calma.
- INES. Y á quien se lleve la palma...
- TEODORA. Dios se la bendiga.
- INES. Amen!
- Aunque á decirte verdad, no es ya amor lo que me lleva á intentar de él esta prueba.
- TEODORA. Es capricho?
- INES. Es vanidad.
- TEODORA. Yo á sacrificio tan duro nunca mi orgullo espondria.
- INES. No lo merece, á fe mia!
- TEODORA. Es un ingrato!
- INES. Un perjuro!
- TEODORA. Te engañaba el fementido!
- INES. Y á tí.
- TEODORA. Creyéndolo voy.
- INES. Pues bien! venguémonos..
- TEODORA. Soy de tu opinion.
- INES. Convenido.
- TEODORA. Tú verás con qué donaire le digo...
- INES. Por tu interes



lo hago no mas.

TEODORA. Pues yo, Ines,

lo que siento, es tu desaire.

INES. Si ahora acertara á llegar,  
vieras tú...

TEODORA. Si ahora despierta...

INES. Chiton!

TEODORA. Qué?

INES. Mira!

TEODORA. La puerta!

(*En este momento se abre la puerta de la izquierda, y las dos mujeres huyen precipitadamente por la del fondo.*)

GIRON. (*Asomándose.*) Se alborotó el palomar.

## ESCENA V.

DON JUAN y GIRON.

JUAN. Estaban las dos aquí?

GIRON. Sin duda; y segun las trazas,  
deben de haberse entendido.

JUAN. Fatalidad fue bien rara.

GIRON. Y qué vais á hacer?

JUAN. No hay medio  
de quedar bien con entrambas.

GIRON. Pues digo!.. (*Mirándole admirado.*)

JUAN. Será preciso  
desenredar la maraña.

GIRON. De modo, que si pudieseis  
arreglaros...

JUAN. Cosa es clara  
que á ninguna dejaría  
quejosa ni desairada.

GIRON. (*Ah buen hijo!*)

JUAN. Pero ya  
que partir no puedo el alma,  
doña Ines perdonará  
si mi franqueza la agravia.

GIRON. Ya! conque estais decidido.

JUAN. Pues en eso, qué dudabas?

GIRON. Hay gustos, y doña Ines,  
á mas de hermosa y bizarra,

es muy rica.

JUAN. Ni aun con eso  
inclinará la balanza.  
—¿Y no te dijo Beatriz  
hora y sitio?..

GIRON. De eso, nada;  
mas sí que me advertiría  
cuando una ocasion logaran.

JUAN. Me avisarás.

*(Giron ayuda á don Juan, que se acabará de vestir durante el diálogo.)*

GIRON. Fue ventura  
haber venido á la casa...

JUAN. La ví en la reja, y por Dios  
que ya en mi vida esperaba  
volverla á hallar.

GIRON. En efecto,  
fue casualidad.—La espada.

JUAN. Dime; ¿tú has visto jamas  
tanta hermosura y tal gracia  
en otra alguna?

GIRON. Eso mismo,  
lo habeis ya dicho de tantas!

JUAN. Pero ninguna mujer  
prenderme ha podido el alma  
como Teodora.

GIRON. Eso dura  
hasta ponernos en marcha.

JUAN. Quién sabe; mas me parece  
imposible.

GIRON. Ya son mañas  
viejas; mas teneis disculpa:  
que estas pícaras taimadas  
de Portugal, son bonitas;  
y lo que es mejor, son blandas.  
¿En dónde no habeis dejado  
amores?

JUAN. Giron, te engañas.

GIRON. Tal vez.

JUAN. Tú, necio, equivocas  
la urbanidad cortesana  
con el amor. El que nace

caballero, siempre gasta  
rendimientos y lisonjas  
en obsequio de las damas.

Pero el amor verdadero  
que en el corazón se arraiga,  
tales huellas deja siempre,  
que no es ya fácil borrarlas.

GIRON. Es decir, que va de veras.

JUAN. Puede, si Teodora me ama.

GIRON. Pues qué! nada ha contestado?

JUAN. Esplicitamente, nada.

GIRON. Lo de todas!

JUAN. Qué querías?

GIRON. Qué quiero? las cosas claras.  
Pues cierto que sobra el tiempo!

—Bien haya una moza llana  
sin alquilados hechizos  
ni palabras estudiadas,  
que para decir, *te quiero*,  
no gaste toda esa cáfila  
de conceptos tenebrosos  
y de equívocas palabras,  
que hacen á un hombre sudar  
para encontrar en sustancia,  
un «veremos! Yo no sé!  
mi honor... no prometo nada!»  
Voto al chápíro! me apestan  
esas melindrosas damas  
que á cualquier aire responden  
con repulgos de empanada.

JUAN. Hombre bajo, al fin!

GIRON. Señor!

cada uno tiene su alma,  
y no penseis que es la mia  
de nieve, ni que lo valga.

JUAN. Y has visto al viejo?

GIRON. Qué viejo?

JUAN. El tutor.

GIRON. Sí, por ahí anda  
tras la sombra de las chicas.

JUAN. Oiga! las cela?

GIRON. Caramba!

- ó no fuera portuques.  
JUAN. Él es hombre de arrogancia.  
GIRON. Finchado.  
JUAN. Y aun me presumo...  
GIRON. Si es alguna cosa mala,  
acertais.  
JUAN. Pues qué?  
GIRON. No sé  
qué encuentro en aquella cara...  
DIEGO. Capitan? (*Dentro.*)  
GIRON. Hele que viene  
el moro por la calzada.  
JUAN. Entrad. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)  
GIRON. Vuelvo á mis quehaceres.  
(*Giron se pone á arreglar la ropa del capitan que irá guar-*  
*dando en la maleta.*)  
DIEGO. Si permitis... (*Saliendo.*)  
JUAN. Honra tanta!

## ESCENA VI.

DON JUAN, DON DIEGO y GIRON.

- DIEGO. Qué tal, habeis descansado?  
JUAN. Gracias á vos, ya...  
DIEGO. De intento  
os destiné este aposento:  
aquí estareis retirado.  
JUAN. Mucho os debo. (*Se sientan.*)  
DIEGO. Obligacion,  
señor capitan, es mia,  
y mas, si solo este dia  
gozo tal satisfaccion.  
GIRON. (Qué apuesta á que nos echa?)  
JUAN. No tal: tan pesada carga,  
pienso que será mas larga.  
DIEGO. (Será vana mi sospecha?)  
No marchais sobre Lisboa?  
JUAN. No: mientras dure la guerra,  
quedarán por esta tierra  
los tercios de Figueroa.  
DIEGO. Qué decis? Don Lope está

aquí?

JUAN. Tanto, que, á lo sumo,  
de hoy á mañana presumo  
que le tendreis por acá.

DIEGO. Sí? (Pues ni aun eso te salva.)

Y qué nuevas han llegado?

JUAN. Ya en Coimbra habrán entrado  
los tercios del duque de Alba.

DIEGO. Ah!

GIRON. (No le gustó.)

DIEGO. (*Disimulando.*) El valor  
del duque... (Engañarme intenta.)  
Y decidme, qué se cuenta?..

JUAN. Del duque?

DIEGO. No; del prior.

JUAN. Suponen que encontró modo  
abriendo en el Duero paso,  
de escapar.

DIEGO. (En ese caso,  
aun no se ha perdido todo.)  
Y tal vez alzando gente...

JUAN. No tal, ó lo hiciera en vano.

DIEGO. Por qué?

JUAN. Al leon castellano,  
quién resistirá imprudente?

DIEGO. (Mal mi impaciencia resisto!)

Mas si con vida escapó,  
no puede suceder...

JUAN. No  
sucederá, vive Cristo! (*Levantándose enojado.*)

DIEGO. Por eso os enojais?

JUAN. Quién!

yo? no!.. (*Volviendo á sentarse.*)

GIRON. (De cólera estalla.)

DIEGO. Se ha dado alguna batalla?

JUAN. Y á quién quereis que la den?

DIEGO. No hay ya ejército?

JUAN. Don Diego!

vos... decidlo sin temor!

sois aficionado al prior.

Sed franco.

DIEGO. Bien: no os lo niego.

- Seguí por gusto y por ley  
el militar ejercicio,  
y aunque he dejado el servicio,  
guardo cariño á mi rey.  
Mas no vayais á creer...
- JUAN. Por qué? la ocasion convida.  
Qué importa perder la vida  
cumpliendo con un deber?
- DIEGO. Conceded que la violencia  
irrita.
- JUAN. Es cosa terrible;  
pero cuando es imposible  
ó inútil, la resistencia...
- DIEGO. Inútil?
- JUAN. Quién nos contrasta?
- DIEGO. Quién? la razon y el despecho  
sostendrán nuestro derecho. (*Exaltándose.*)
- JUAN. Ya es mucho; pero aun no basta. (*Con calma.*)  
¿No veis prosternado al mundo,  
con miedo inclinar la frente  
bajo el cetro omnipotente  
del rey Felipe segundo?
- DIEGO. Ya sé que con fuerzas grandes  
ese terrible monarca  
á entrambos mundos abarca,  
y á Italia oprime y á Flandes;  
que donde quiera que asoma  
su pendon, vence y aterra;  
que es ya pavor de Inglaterra  
y espanto de Francia y Roma:  
lo sé; pero es el rencor  
en nuestros pechos tan fuerte,  
que preferimos la muerte  
á tenerle por señor.
- JUAN. Dejémoslo. (*Levantándose impaciente.*)
- DIEGO. Si quereis,  
la vuelta al pueblo daremos.
- JUAN. Muy bien.
- DIEGO. Despues comeremos.
- JUAN. Será como vos gustéis.  
Y á donde?..
- DIEGO. A vuestro mandado

- estoy.
- JUAN. Observar podré  
las guardias.
- DIEGO. ¿Y para qué,  
si todo está sosegado?
- GIRON. (No está demas la malicia.)
- JUAN. Qué quereis!..
- DIEGO. (Ya el temor obra.)
- JUAN. La actividad nunca sobra  
en asuntos de milicia.

## ESCENA VII.

*Dichos y AREMBERG.*

- AREMBERG. Permitis?
- JUAN. Quién?
- DIEGO. Adelante.
- JUAN. Dios guarde al señor alférez.
- AREMBERG. Perdonad si antes no vine  
á veros: juzgué prudente  
respetar vuestro descanso;  
pero téngame ahora y siempre  
por su esclavo.
- JUAN. Cumplimientos!  
no, por mi vida!
- AREMBERG. Corriente.
- JUAN. ¡No sabeis, don Diego, cuánto  
hoy tengo que agradecerle! (*Mirando á Aremberg.*)
- DIEGO. Pues cómo?
- JUAN. A su celo debo  
que en vuestra casa me hospede.
- DIEGO. Sí? (*Mirando á Aremberg con estrañeza.*)
- AREMBERG. (De ese modo podreis (*Ap. á don Diego.*)  
observarle y sorprenderle.)
- DIEGO. Es decir que... en ese caso,  
yo soy no mas quien le debe  
gratitud, pues dió á mi pobre  
morada tan noble huésped.
- AREMBERG. Si no estoy mal informado,  
hame dicho vuestra gente  
que os llamais don Juan de Silva.

- JUAN. Es cierto: mi nombre es ese.
- AREMBERG. Estais sirviendo en los tercios  
de don Lope?
- JUAN. Conocéisme?
- AREMBERG. No, capitan; pero un posta  
que vino ayer desde Velves,  
dejó cartas...
- JUAN. ¿Y hay alguna  
á mi nombre?
- AREMBERG. Y son urgentes.  
Remitíros las debia  
donde quiera que estuviesen  
los tercios de Figueroa.
- JUAN. Dónde están?
- AREMBERG. Vedlas.  
(*Don Juan abre una de las cartas con manifiesta ansiedad.*)
- DIEGO. (*Ap. á Aremberg.*) (Conviene  
averiguar á qué vino.)
- AREMBERG. (*En efecto, me sorprende...*)
- JUAN. (*Pobre madre!*)—Perdonad...
- DIEGO. Leed, leed.
- JUAN. ¡De mi suerte  
siempre cuidadosa!
- DIEGO. (*Importa (Ap. los dos.)  
que le observemos.*)
- AREMBERG. (*Se entiende.*)
- JUAN. (*Es singular! ¡no conozco  
esta letra! ¿de quién puede  
ser?—Ah! pobre mujer!  
con qué afecto me agradece!..  
—Y escribe largo! mas tarde...  
—Me esperan vuestras mercedes?*)
- DIEGO. A qué es la prisa? acabad.
- JUAN. No urge tanto.
- AREMBERG. Estais alegre!
- DIEGO. Buenas nuevas?
- JUAN. Sí.
- DIEGO. (*No haberlas  
registrado antes... imbécil!*)
- JUAN. Aquí una pobre mujer  
á quien salvé de la muerte,  
me escribe; mas se hace tarde



y los momentos se pierden.  
Salgamos.

DIEGO.                                   Muy bien.

JUAN.                                    ¿Y qué  
tenemos de sexo débil?

DIEGO.                                  Oiga! tan presto llegado...

JUAN.                                    Qué quereis? jóven y célibe!..

AREMBERG.                            Aquí, pardiez, sin salir  
capitan, de estas paredes,  
hay bellezas, que no envidian  
cortesananas altiveces.

JUAN.                                    En efecto, y ya he tenido  
ocasion de convencerme  
de esta verdad.

DIEGO.                                  Pero cuenta  
con eso, que hay quien se ofende.

JUAN.                                    Pues qué?

DIEGO.                                  Ya es prenda, Teodora,  
codiciada, y será en breve  
ajena.

JUAN.                                    Yo lo ignoraba.

DIEGO.                                  Sabedlo, pues.

GIRON.                                   (Ahí le duele.)

JUAN.                                    (Será posible!)

DIEGO.                                  El señor  
aleman, aquí presente,  
es ya su esposo elegido.

JUAN.                                    Su esposo!

AREMBERG.                            Sí; pero en ciernes.

DIEGO.                                  Ya sabeis que ella os distingue.

JUAN.                                    (Ingrata! infiel!)

GIRON.                                   (Están verdes  
por lo visto.) (*Ap. los dos.*)

JUAN.                                    (Oyes, Giron?)

GIRON.                                  (Nos dieron gato por liebre.)

JUAN.                                    Dichoso vos que lograis... (*A Aremborg.*)  
(No puedo!)

AREMBERG.                            El trato frecuente  
y el rendimiento, han labrado  
en su corazon rebelde:  
que á decir verdad, ya habia  
desesperado que fuese

- posible tanta ventura.
- JUAN. La alcanza quien la merece.  
—Vámonos de aquí, don Diego.
- DIEGO. Como gustéis.
- JUAN. (Tengo fiebre.)
- DIEGO. Me permitiréis, señor  
capitan, que luego os deje,  
pues que vais acompañado  
y ya á mi edad no conviene...
- JUAN. Qué?
- DIEGO. Los viejos no sabemos  
sino amargar los placeres  
de la juventud.
- JUAN. No tal!
- mas si vuestro gusto es ese...
- DIEGO. El alférez va con vos,  
y él os servirá de intérprete.
- JUAN. Adelante.
- GIRON. (Vais contento?) (A don Juan.)
- JUAN. (La sangre toda me hierve.)

## ESCENA VIII.

GIRON *solo.*

No lleva mala saeta  
el capitan.—¡Ah mujeres,  
en la apariencia palomas,  
y en la realidad serpientes!  
(Cogiendo el sombrero y la espada.)  
Vamos, sin embargo, á darlas  
un vistazo, que aunque alevos  
y falsas, son tan bonitas!  
Yo no sé lo que se tienen!..  
De camino observaremos  
lo que aquí pasa, porque este  
don Diego, es un gran bellaco,  
si las señales no mienten.  
¡Aquella cara no indica  
nada bueno! ó es herege,  
ó...—Y tampoco el alemán  
me ha pasado de los dientes.

(Vase por la puerta del fondo. Un momento despues , Teodora y Beatriz salen por la derecho, andando de puntillas y manifestando recelo de ser vistas.)

## ESCENA IX.

TEÓDORA.—BEATRIZ.

BEATRIZ. Venid! venid!

TEODORA. Pisa quedo.

No hay nadie?

BEATRIZ. Salieron ya.

(Despues de asomarse á la puerta de la habitacion del capitan.)

TEODORA. Mira; saltándome está  
el corazon.

BEATRIZ. Teneis miedo?

TEODORA. Miedo á mi desdicha estrema.

BEATRIZ. No alcanzo la causa.

TEODORA. Ines

ama al capitan; ya ves  
si hay razon para que tema.

BEATRIZ. Ya! y es reciente ese amor?

TEODORA. Sí, Beatriz.

BEATRIZ. Mas cómo y dónde?...

—Y él, decid, la corresponde?

TEODORA. La ama, la adora el traidor!

Bella es Ines...

BEATRIZ. Pch! no es cosa!

TEODORA. Caudal tiene, y por lo tanto,  
¿quién resistirá al encanto  
de mujer rica y hermosa?

BEATRIZ. ¿Pudiera con trato.doble  
burlaros?

TEODORA. Y eso te estraña?

BEATRIZ. No, señora, no os engaña:  
le tengo yo por mas noble.

TEODORA. No merece el sacrificio  
de mi calma, quien se muda  
tan presto, no!—Él es sin duda,  
de estos que aman por oficio;  
de estos que dando al donaire  
mas precio que al corazon,

- se curan de una pasión  
con dos suspiros al aire.
- BEATRIZ. Estais con don Juan, terrible.
- TEODORA. Y yo á jurarte me atrevo  
que ama á cuantas ve.
- BEATRIZ. No es nuevo  
el caso: será posible;  
mas se debe averiguar  
primero...
- TEODORA. De qué manera?
- BEATRIZ. Hay una.
- TEODORA. Yo bien quisiera,  
para poderte probar...
- BEATRIZ. Los hombres fieles ó infieles,  
por gusto ó por vanagloria  
suelen guardar en memoria  
retratos, rizos, papeles...
- TEODORA. Sí; pero el asunto es grave,  
y aun difícil.
- BEATRIZ. No lo creo.
- TEODORA. Los medios?..
- BEATRIZ. Basta el deseo,  
y cuando mas, una llave.
- (*Poniendo la mano sobre la maleta del capitán.*)
- TEODORA. Jesus! yo eso habia de hacer?
- BEATRIZ. Y si por arte ú olvido  
dejaron abierto el nido...
- TEODORA. Abierto, dices? á ver?
- (*Acude á mirar apresuradamente; pero Beatriz cierra de golpe  
la maleta.*)
- BEATRIZ. No, que es mal hecho!
- TEODORA. (*Con enojo.*) Beatriz!
- BEATRIZ. Nada! nada! pues ahora  
fuera á incurrir mi señora  
en semejante deslíz!  
No digo bien?
- TEODORA. (*Confusa.*) Sí; es verdad...  
bien dices; pero qué quieres?  
no es fácil en las mujeres  
vencer la curiosidad.
- BEATRIZ. Y por la misma razon...
- TEODORA. Temo...

- BEATRIZ. A qué es ya la vergüenza?
- TEODORA. Temo, Beatriz, que te venza  
acaso, la tentacion.
- BEATRIZ. Pues soy yo la enamorada?  
qué me importa?.. (*Abre la maleta como distraida.*)
- TEODORA. Pues á mí?... (*Mirando de reojo.*)
- BEATRIZ. Pero, qué es lo que hay aquí?  
(*Sacando unos papeles.*)
- TEODORA. Hay algo, digiste?.. (*Volviéndose á ella con rapidez.*)
- BEATRIZ. Nada. (*Ocultando los papeles.*)
- TEODORA. Bien: haz lo que quieras.
- BEATRIZ. Yo,  
no soy...  
TEODORA. Ni yo me intereso...  
BEATRIZ. Pues dejémoslo. (*Va á guardar los papeles.*)  
TEODORA. Qué es eso?  
(*Sin manifestar interes.*)  
BEATRIZ. Papeles.  
TEODORA. (*Pausa.*) Ya!  
BEATRIZ. (*Con malicia.*) Cierro?  
TEODORA. No.  
(*Despues de un momento de afectada indiferencia: las dos registran la maleta con avidéz.*)  
BEATRIZ. Vedlos pronto.  
TEODORA. Su retrato.  
BEATRIZ. Cuentas.  
TEODORA. Lo ves? deja, aparta!  
BEATRIZ. Ya dí con ello: una carta!  
Jesus! cuánto garabato!  
TEODORA. Eh?  
BEATRIZ. De mujer es la letra.  
TEODORA. Sí, no hay duda. Capitan,  
cómo os burlais de mi afán!  
Amor todo lo penetra,  
y no logrará el infiel  
engañarme.—Ay corazon!  
cartas de su madre son.  
—Tiene madre! feliz él!  
Yo, huérfana desdichada,  
no tengo tanta ventura,  
que me faltó la ternura  
de la mia, idolatrada.

(*Beatriz saca en este momento de la maleta una cruz de oro, pequeña, pendiente de un cordón ó cadena. Teodora, al verla, se sobresalta.*)

BEATRIZ. No, pues esta vez...  
TEODORA. Qué miro!

BEATRIZ. Esta cruz, no debe ser  
sino prenda de mujer.

TEODORA. Sueño, Beatriz, ó deliro?

BEATRIZ. Qué teneis?

TEODORA. Era verdad!  
y esclava de mi error ciego  
dudé...

BEATRIZ. Qué? (*Admirada.*)

TEODORA. Llama á don Diego.

BEATRIZ. No os entiendo! perdonad...

TEODORA. Búscale: haz esto por mí.  
Ve, no tardes.

BEATRIZ. Allá voy.

TEODORA. Ah! él viene!

BEATRIZ. Asombrada estoy!

TEODORA. Déjanos! vete de aquí.

(*Beatriz se va por la derecha, y en el momento mismo sale don Diego por la puerta del fondo.*)

## ESCENA X.

TEODORA.—DON DIEGO.

DIEGO. Esta es la ocasion.—Qué veo!  
estabas aquí, Teodora!

TEODORA. Os esperaba.

DIEGO. En buenhora.

(*Si adivinó mi deseo!*)

Y con qué fin?

TEODORA. La esperanza  
vuestra, se verá cumplida.

DIEGO. Teodora, estás conmovida!

Qué es lo que quieres?

TEODORA. Venganza!

DIEGO. Venganza?

TEODORA. Pero de suerte,  
que por implacable asombre.

- DIEGO. De quién, Teodora?
- TEODORA. Del hombre  
que dió á mi madre la muerte.
- DIEGO. Le conoces? (*Mirándola con recelo.*)
- TEODORA. ¡Pese á mí  
y á este corazon liviano!  
sí, le conozco: el villano,  
el asesino está aquí.
- DIEGO. (*Aterrado.*) (Dios santo!) Y quién es?  
(*Procurando disimular su turbacion.*)
- TEODORA. Don Juan.
- DIEGO. No estrañes que me sorprenda...
- TEODORA. Claro lo dice esta prenda  
en poder del capitan.
- DIEGO. Sí?—(Yo á comprender no acierto...)
- TEODORA. Hablad á Aremberg: si me ama,  
si de su afecto la llama  
no se ha entibiado ó no ha muerto,  
deme de su amor indicio  
vengándome.
- DIEGO. Sí; lo hará.
- TEODORA. Y en recompensa obtendrá...  
de mi mano el sacrificio. (*Con resolucion.*)
- DIEGO. Sí; voy al punto.—(No puedo  
imaginar de qué modo...  
Pero, en fin; piérdase todo,  
corazon! afuera el miedo.)
- TEODORA. Vacilais?
- DIEGO. No: mas si viene  
don Juan...
- TEODORA. Que vendrá sin duda.  
(*Con amarga ironía.*)
- DIEGO. No sospeche...
- TEODORA. Seré muda.
- DIEGO. Que le entretengas conviene,  
y así tendremos lugar  
de disponer la sorpresa.
- TEODORA. Sí, bien! (*Empujándole con impaciencia.*)
- DIEGO. Judit portuguesa  
desde hoy te deben llamar. (*Vase por la derecha.*)

## ESCENA XI.

TEODORA. *Luego DON JUAN por el fondo.*

TEODORA. Pero, ¿y si escapar lograra  
á mis iras? ay! si acaso  
del furor en que me abraso  
el pérfido se burlara!..  
No puede quererlo Dios!  
no; con su muerte y su afrenta,  
pagará la horrible cuenta  
que hoy existe entre los dos.

JUAN. (*Saliendo.*) Quién es?..

TEODORA. Don Juan!

JUAN. ¿Por qué es esa

agitacion?—Dicha tanta!

TEODORA. (Ya hasta el mirarle me espanta.)  
Es natural mi sorpresa.  
Yo, perdonad! no debí  
hacer... lo conozco ahora;  
pero...

JUAN. Qué os turbais, Teodora?  
no teneis confianza en mí?

TEODORA. Cómo es posible!..

JUAN. Eso quiero:  
mi propio honor os escuda.

TEODORA. ¿Pues quién puede tener duda  
de tan noble caballero? (*Con disimulada ironía.*)

JUAN. Ansiaba veros, señora.

TEODORA. Tanto cuidado! y por qué?

JUAN. Herido estoy en la fe  
conque mi pecho os adora.  
Llena el alma de recelos  
tengo, y suspiro sin calma.  
Celos me punzan el alma.

TEODORA. Vos tambien! pícaros celos!

JUAN. Es decir que...

TEODORA. Fuera error  
negarlo: ¿pues hay amante  
que de ese dardo punzante  
no pruebe acaso el rigor?



*(Mirando la cruz que tiene en las manos, y llamando de este modo la atención de don Juan hacia ella.)*

JUAN. Y tal vez en esa prenda,  
pensais de mi amado bien  
hallar un recuerdo.

TEODORA. ¿Y quién  
habrá, que otra cosa entienda?

JUAN. No: yo os juro por mi honor  
que...

TEODORA. Pensará que me engaña!  
¿Recuerdo es, de alguna hazaña  
digna de vuestro valor?

JUAN. Teodora; no es ironía?

TEODORA. Jesus! yo! libreme el cielo!  
¡con vos que sois un modelo  
de nobleza y bizarría!...

JUAN. Si alguna lengua villana  
me ha infamado...

TEODORA. Qué! no tal.

JUAN. ¿Mi juramento leal  
vuestra sospecha no allana?  
Soy soldado y caballero,  
y este es mi mejor escudo.

TEODORA. Lo segundo es lo que dudo:  
ya os basta con lo primero.

JUAN. Señora! si otro que vos  
tal insulto me digera...

TEODORA. Qué hiciérais?

JUAN. Lo que yo hiciera,  
no es posible entre los dos.

TEODORA. ¿Lo impiden vuestros deberes  
de hidalgo?

JUAN. Si esto he sufrido...

TEODORA. Ya sé que siempre habeis sido  
valiente... con las mujeres.

JUAN. Adios, señora!

*(Después de un momento de indecisión, y dirigiéndose a la puerta del fondo.)*

TEODORA. Qué! os vais?

JUAN. Sufrir ya mas no es posible!

TEODORA. Aguardad, que estais terrible!  
qué pronto que os enojais!

- JUAN. Yo no os puedo comprender.  
TEODORA. Flaca teneis la memoria.  
—¿Quereis que os cuente una historia  
que os debe de entretener?
- JUAN. Bien.  
TEODORA. Pero es horrenda.  
JUAN. Hablad.  
TEODORA. Y el héroe de ella...  
JUAN. Soy yo.  
TEODORA. Vais adivinando?  
JUAN. No.  
TEODORA. Pues escuchadme.  
JUAN. Acabad. (*Impaciente.*)  
TEODORA. Aunque tembleis á mi voz,  
dura, inflexible he de ser.  
—La historia pasó á mi ver,  
á dos leguas de Estremoz.  
JUAN. De Estremoz, señora? (¡Es cosa  
singular!)
- TEODORA. Allí vivia  
en una pobre alquería,  
tranquila, sinó dichosa,  
una mujer que á su inerte  
vegez, buscando un asilo,  
solo aguardaba el tranquilo  
reposo que da la muerte.  
Que en su retiro profundo  
y escudada por sus años,  
pensó vencer los engaños  
de la fortuna y del mundo.  
Una noche, penetró  
en su hogar, fiera, insolente,  
no sé qué villana gente,  
cuyo caudillo...
- JUAN. Era yo.  
TEODORA. Tal vez.  
JUAN. (Si de mí malicia...)  
TEODORA. Y no pudiendo sin duda  
en la ya pobre viuda  
saciar su infame codicia,  
aquella gente soez  
entregada á su delirio,

con el postrero martirio  
sacrificó su vegez.  
—Sabeis la historia?

JUAN. Presumo

que sí; mas luego...

TEODORA. Acudieron

en su socorro...

JUAN. Y se vieron

envueltos en llamas y humo.

TEODORA. Ahora bien: lo quiso Dios,  
porque á mi venganza cuadre.

JUAN. Esa mujer...

TEODORA. Fue mi madre.

JUAN. Y ese capitan...

TEODORA. (*Con voz terrible.*) Sois vos!

JUAN. No es infiel vuestra memoria? (*Con calma.*)

TEODORA. Ese descaro impudente!...

JUAN. ¿Y ahora, no quereis que os cuente  
yo por mi parte otra historia?

TEODORA. Podreis explicar?.. (*Con estraneza.*)

JUAN. Tal vez.

La pasion, Teodora, es ciega,  
y el juez que á escuchar se niega,  
es enemigo, y no juez.

TEODORA. Pero...

JUAN. En esa noche horrible,

horrible, señora, sí!  
hay recuerdos para mí  
de un encanto indefinible.

TEODORA. Don Juan! hay razon ni ley...

(*Dando otro sentido á las palabras de don Juan.*)

JUAN. Pasaban por el camino  
de Estremoz, allí vecino,  
los mosqueteros del rey.  
Iban marchando veloces,  
cuando con espanto vieron  
el raudo incendio, y oyeron  
tristes y confusas voces.  
El capitan, como vió  
el riesgo, con pecho fuerte  
menospreciando la muerte,  
por las llamas penetró.

TEODORA. Y en fin?.. (*Con ansiedad.*)

JUAN. Ya activo y violento,

el fuego que consumia  
la quinta, prendido habia  
en el último aposento.

Allí una pobre mujer  
tendida halló, desmayada,  
y en propia sangre bañada.

(*Teodora hace ademan de preguntar al capitán y este la interrumpe.*)

—La misma debe de ser.  
Cifrando por fin su anhelo  
en conservar la vida,  
logró restañar su herida,  
y... su afán coronó el cielo.

TEODORA. Qué decis? (*Con un grito.*)

JUAN. Mas temeroso

de otra nueva desventura,  
á tierra de Estremadura  
la hizo llevar.

TEODORA. Dios piadoso!

JUAN. Ya veis que lejos no van  
las dos historias, aunque  
distinta la suerte fue  
de la madre y capitán.  
Ella por él ruega á Dios  
de su gratitud en muestra.

TEODORA. Ay!

JUAN. Y esa madre es la vuestra,  
y ese capitán...

TEODORA. Sois vos.

(*Cayendo de rodillas y cubriéndose el rostro con las manos.*)

JUAN. Mirad. (*Sacando la carta que le dió Aremberg.*)

TEODORA. Es su letra! vive!

Y yo por mi ciego error... (*Se oye rumor lejano.*)  
Huid!

JUAN. De quién?.. ¿Qué rumor  
es ese que se percibe?

TEODORA. Hoy el pendón portugués  
en Evora se levanta  
contra España.

JUAN. Audacia tanta!

- veremos... (*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)  
TEODORA. Ya inútil es. (*Oyéñse gritos cercanos.*)  
Yo he sido, yo, miserable,  
la causa: mi saña impía  
os vendió, porque os creía  
de aquel delito, culpable.  
Pero yo publicaré  
mi error y vuestra inocencia.  
JUAN. Qué lograis?...  
TEODORA. Fuera imprudencia!  
no, no!.. disimularé.  
JUAN. Mi gente?..  
TEODORA. Sin duda ha sido  
sorprendida.  
JUAN. Ah! los malvados!..  
Y Aremberg? y sus soldados?  
TEODORA. Aremberg... os ha vendido.  
JUAN. Cielos!

## ESCENA XII.

*Dichos, INES. Luego DON DIEGO y AREMBERG con algunos hombres del pueblo y soldados tudescos, que se quedarán á la puerta del fondo.*

- INES. Don Juan: ved que ciego  
el pueblo aquí se abalanza.  
Salvaos!  
TEODORA. (*Ya no hay esperanza.*)  
(*Viendo á don Diego.*)  
JUAN. Quién es?  
INES. Mi padre!  
JUAN. Don Diego!  
DIEGO. Mucho quebrantar me pesa  
con vos, de huésped la ley;  
pero en ello, de mi rey  
el servicio se interesa.  
Capitan, dadme la espada.  
JUAN. Quién! yo?  
AREMBERG. ¿Pensais por ventura  
resistir?  
JUAN. Fuera locura.

Tomad.

(*Aremberg se ha acercado á recibir la espada de don Juan, y este haciendo un gesto de desprecio, se vuelve á don Diego á quien la entrega.*)

Diego. Tendreis mi morada  
por cárcel.

Juan. Gracias os doy.

Teodora. (Nada temais.) (*Al oído á don Juan.*)

Ines. (*Lo mismo.*) (*Yo os defiendo.*)

Diego. Seguidme. (*A don Juan.*)

Juan. Vamos.

(*Don Juan se va por la puerta del fondo, escoltado por los tudescos y los paisanos. Aremberg queda en la escena contemplando á Teodora.*)

Ines. No entiendo!  
espícame...

Teodora. Quién?

(*Volviéndose hácia Aremberg que se habrá acercado á ella.*)

Aremberg. Yo soy.

Yo, que rendido os consagro  
el alma. (*Besándola una mano.*)

Ines. Cómo! (*Admirada.*)

Aremberg. Es mi esposa.

Teodora. Bien! (*Retirando la mano con repugnancia.*)

Aremberg. Adios! (*Se retira por el fondo.*)

Ines. Ya es otra cosa!  
comprendo.

Teodora. Será milagro.

Ines. Aremberg es tu marido;  
luego no somos las dos  
rivales.

Teodora. Gracias á Dios,  
que al cabo lo has entendido. (*Con amarga ironía.*)

---

## ACTO III.

---

*El teatro representa la sala que sirve de prision á Don Juan, en la casa de don Diego. Una reja al fondo y dos puertas á cada lado, de las que, las de la izquierda comunican con otras piezas, así como la de la derecha que está mas inmediata al proscenio. La segunda, comunica con una escalera que da paso al exterior.*

### ESCENA PRIMERA.

GIRON, *sentado y meditabundo.*

Buena la hicimos, Giron!  
no hay que pensar ni que hacer  
sino mostrar lo que valen  
hombres de mi honra y mi prez!  
Muramos como soldado  
que ha olido ya veces cien  
la pólvora, combatiendo  
por su patria y por su fe.  
Al menos, demos ejemplo  
al finchado portugues  
de las almas que se crian  
en las tierras de Jaen,  
y al pasar entre las filas

de esa rebelada grey,  
arrostrems sus miradas  
con española altivez.  
Pero si por dicha nuestra  
de esta saliéremos bien;  
si llega á tiempo la gente  
de don Lope, voto al rey  
Felipe, que de este pueblo  
chicharrones voy á hacer.  
No me ha de quedar barbado  
que no lleve su por qué,  
y vive Dios...

## ESCENA II.

DON JUAN (*sale por la derecha.*) y GIRON.

- JUAN. Con quién riñes?  
GIRON. Me lo preguntais!  
JUAN. ¿A quién  
das esas voces? qué es eso?  
GIRON. Brabatas de portugueses!  
A solas me lamentaba  
de nuestra suerte cruel,  
y estábaselas jurando  
á esa canalla sin ley.  
JUAN. Qué quieres! esto es la guerra,  
Giron: la fortuna infiel,  
inconstante, hoy nos ha vuelto  
la espalda.  
GIRON. Al cabo es mujer!  
JUAN. Lo que hoy experimentamos,  
es de la suerte un reves;  
mas cuando de aquí nos saquen...  
GIRON. Eso temo yo.  
JUAN. Por qué?  
GIRON. Ah, señor! porque presumo  
que no ha de ser para bien.  
JUAN. Siendo nosotros soldados,  
nada debemos temer,  
que al cabo...  
GIRON. Se me figura,



- señor, que no lo entendeis.  
JUAN. Pues si osados se atrevieran  
á algun desman, voto á quien!..  
GIRON. Qué lograremos?  
JUAN. Venganza.  
GIRON. Sí, señor; pero despues.  
JUAN. Tranquilízate, Giron.  
GIRON. Eso es lo que no podré,  
hasta estrechar en mis manos  
mi mosquete.  
JUAN. Eso tambien.  
GIRON. Si llega ese caso, vengan  
portugueses, que yo sé  
dando y recibiendo balas  
y entre mandoble y revés  
dar el alma; pero así,  
á gentes de ese jaez  
entregar yo mi pellejo...  
—Señor! no lo hago por bien.  
JUAN. Yo espero que llegue pronto  
nuestra gente.  
GIRON. Ba!  
JUAN. Y aun sé  
que en el pueblo andan confusos.  
GIRON. Y nuestro huésped?  
JUAN. En él  
cifro mi esperanza toda,  
y cuando me venga á ver...  
GIRON. No llegue tarde don Lope;  
que lo demas...  
JUAN. De esta vez,  
yo sé que el señor don Diego  
sus pactos me habrá de hacer.  
GIRON. Qué habeis dicho?  
JUAN. Un talisman  
en esta carta encontré,  
poderoso; inesperado.  
GIRON. Cuenta que no os engañeis!  
JUAN. Tú verás: ante su influjo,  
no habrá puerta ni cancel  
que no ceda.  
GIRON. Si es así,

démonos el parabien.  
Pero me temo...

JUAN. Giron;  
bien digiste: el tutor es  
un pícaro redomado.

GIRON. Vaya que si dige bien!  
Si de aquí salgo, por dicha,  
me ha de pagar con la piel,  
voto á Cribas!

JUAN. Ya veremos  
lo que ha de hacerse, despues.  
Pero dime, ¿no han traído  
algun recado ó papel  
de aquella dama?

GIRON. Señor!..

JUAN. Responde.

GIRON. Es mujer tambien,  
y por lo tanto...

JUAN. Qué?

GIRON. Es falsa.

### ESCENA III.

*Dichos, y BEATRIZ por la puerta segunda de la derecha.*

BEATRIZ. Miente!

GIRON. Beatriz!

JUAN. Ya lo ves.

BEATRIZ. Quién dice?..

GIRON. Soy un menguado.

BEATRIZ. Necio!

GIRON. Digo que pequé.

BEATRIZ. Sino mirara...

JUAN. Beatriz!

BEATRIZ. Perdóneme vuesarced,  
que al oír á este canalla  
no me supe contener.

JUAN. Qué hay de Teodora?

BEATRIZ. Tomad:

en esta cesta teneis  
provisiones.

GIRON. Provisiones! (*Acercándose.*)

- BEATRIZ. Pero no son para él.  
GIRON. Pues tú conmigo te enojas?  
— Qué nos traes? á ver, á ver!..  
(*Registrando la cesta.*)
- JUAN. Y nada mas?  
BEATRIZ. Pues dudabais  
de que faltara el papel...
- JUAN. Dónde está?  
BEATRIZ. Tomad.  
GIRON. Qué miro!  
ahora digo que ángel es  
como el otro de Abacuc.  
Pollos, fruta de sarten,  
vive Cristo! y un vinillo  
que parece moscatel!  
Oiga! puñales, pistolas!  
Ay! hembra de Lucifer!  
tras de la cruz está el diablo.
- JUAN. Responde que así lo haré. (*A Beatriz.*)  
GIRON. ¿Y cómo has podido tú  
penetrar?...
- BEATRIZ. Pues diga, ¿hay quien  
pueda negar cosa alguna  
á mozas de mi jaez?
- GIRON. Concedido.  
BEATRIZ. Y como al cabo  
mi pobre señora fue  
la causa de esto, confian  
en nuestra lealtad.
- GIRON. Ya! pues!..  
BEATRIZ. Adios, y sepa el menguádo  
que entre las hembras hay fe,  
y consecuencia y constancia. (*Con énfasis.*)  
(*Vase por la derecha.*)
- GIRON. No me queda mas que ver! (*Asombrado.*)

## ESCENA IV.

DON JUAN y GIRON.

- JUAN. Giron! ensancha ese pecho.  
GIRON. Ahora ya, nada me affige.

(*Acariciando las pistolas.*)

JUAN. Fue cierto lo que te dije.  
Mi esperanza ha satisfecho  
esta carta: ya murmura  
el pueblo, y la empresa loca  
de don Diego, á su fin toca:  
nuestra victoria es segura.  
Don Lope, con la noticia  
del caso, á darnos favor  
viene; y temiendo el rigor  
severo de su justicia,  
desconcertados están  
los tudescos.

GIRON. Vive Cristo! (*Con alegría.*)

JUAN. Y ha escapado, por lo visto,  
el alférez alemán.

GIRON. Hizo bien; porque si llega  
el maestre á poner la mano  
sobre él...

JUAN. Amor es tirano  
fatal, que al mas noble, ciega.

GIRON. Oiga?

JUAN. Esperando alcanzar  
la posesion de Teodora,  
no ha temido la traidora  
insurreccion apoyar:  
mas sin duda, convencido  
de que es temeraria empresa,  
renuncia á la portuguesa,  
adoptando este partido.

GIRON. Es decir, que ya no debe  
tardar don Lope.

JUAN. No.

GIRON. Luego  
ya estará nuestro don Diego  
buscando...

JUAN. Le espero en breve.  
Tenemos que ajustar cierta  
cuentecilla.—Adentro voy;  
si acaso viniere...

GIRON. Estoy  
en ello: viviré alerta.

- JUAN. Estas armas servirán  
muy pronto, si no me engaño.  
*(Poniéndose dos pistolas en el cinto, pero de modo que queden ocultas. Giron le imita.)*
- GIRON. Sí, señor: no será extraño  
conforme las cosas van.
- JUAN. Ten cuidado. *(Entrase por la izquierda.)*

## ESCENA V.

GIRON. Luego INÉS y TEODORA.

- GIRON Arda la tierra!  
vengan ahora, si se atreven,  
esos villanos, y prueben  
el valor que aquí se encierra.  
No, corazón, no te ablandes  
y haz muestra, valiente, airado,  
de lo que vale un soldado  
de aquellos tercios de Flandes.  
Lleguen, y verán en fin,  
cómo, con ánimo fuerte  
saben despreciar la muerte  
los héroes de San Quintín.  
Voto al diablo! en mi elemento  
estoy ya... Mas si el oído  
no me es infiel, hacen ruido...  
*(Acercándose á la puerta de la derecha.)*  
—No me engañé: pasos siento.  
No me verán las espaldas! *(Aplicando el oído.)*  
—Necio de mí! ya se entiende  
lo que es: ¡hasta aquí trasciende  
un olorcillo de faldas!..  
*(Ines y Teodora salen por la derecha.)*
- INES. Espera un poco.
- TEODORA. No vienes?
- INES. Si alguien nos siguiera...
- TEODORA. No;  
respira.
- INES. Te envidio yo  
la serenidad que tienes.
- TEODORA. Aquí hay un hombre.

- INES. Ay!  
TEODORA. Quién es?  
GIRON. No tema vueseñoría.  
TEODORA. Es Giron?  
GIRON. Señora mia,  
es quien besa vuestros pies.  
TEODORA. Pues cómo aquí?  
GIRON. Prisionero  
como todos, he logrado  
ablandar el despiadado  
corazon de un carcelero.  
Compartir quise la suerte  
de mi señor.  
INES. Eres fiel!  
GIRON. Si muere, quiero con él  
tambien arrostrar la muerte.  
TEODORA. Si ya lo sabe don Diego...  
GIRON. Aun presumo que lo ignora;  
mas si interponeis, señora,  
el poder de vuestro ruego...  
TEODORA. Bien; ya veremos.  
GIRON. Supongo  
que avisar debo á mi dueño.  
TEODORA. Por mí, si tienes tú empeño (*A Ines.*)  
en ello...  
INES. Bien! no me opongo.  
Tener piedad no es delito.  
GIRON. Quién á dudarlo se atreve?  
INES. La causa que aquí nos mueve,  
no es otra.  
GIRON. No necesito  
de pruebas, para admirar  
vuestra inaudita clemencia.  
TEODORA. Bien; vé.  
GIRON. Con vuestra licencia. (*Vase.*)  
TEODORA. Que en fin, le quieres hablar?  
INES. Si quiero? de qué te admiras?  
Puesto que amor ya no sientes  
por él, no espero que intentes...  
TEODORA. Yo amor, Ines? tú deliras!  
INES. O celos.  
TEODORA. Tampoco celos;

sino horror.

INES. (Mentira y dolo!)

TEODORA. Por acompañarte solo  
vine: lo saben los cielos.

INES. Pues Teodora, la verdad,  
fue exacto lo que antes dije:  
si bien su estado me aflige,  
lo que fue amor, ya es piedad.

TEODORA. Cállal!

## ESCENA VI.

*Dichas.* DON JUAN y GIRON.

JUAN. Perdonad si os hice  
esperar.—(Oye, Giron: *(Ap. los dos.)*  
desde esa puerta...)

GIRON. (Ya entiendo.)

JUAN. Avisa si oyes rumor.

*(Giron se coloca á la puerta de la derecha, en actitud de observar lo que pasa fuera.)*

Tanta ventura...

INES. Os estraña?

JUAN. Bendigo yo mi prision,  
cielo ya, pues que le alumbra  
de vuestra hermosura el sol.

TEODORA. Escusad esas lisonjas,  
don Juan. *(Con afectada sequedad.)*

INES. (No veis qué rigor?) *(Ap. á don Juan.)*

JUAN. (En efecto.) *(A doña Ines fingiendo admiracion.)*

INES. (Y ella ha sido  
causa de esta rebelion.)

TEODORA. (Me sigue como mi sombra.) *(A don Juan.)*

INES. (Hasta aquí me acompañó *(Id.)*  
recelosa: es mi tormento.)

TEODORA. Si acá vinimos las dos,  
no os imagineis que ha sido  
por lástima ó por favor.

JUAN. Ya sé que os debo, señora,  
mi desventura, y que sois  
mi enemiga.

TEODORA. ¿Y qué os importa

- si hay quien se acuerde de vos? (*Con intencion.*)  
INES. (Tiene celos.) (*A don Juan.*)  
JUAN. Yo esperaba  
de ese noble corazon,  
consuelo á mi desventura;  
piedad, si consuelo no.  
INES. (No sabeis que os aborrece?) (*A don Juan.*)  
JUAN. (Es posible! alma feroz!) (*A Ines.*)  
TEODORA. Piedad! no la merecis.  
JUAN. Eso! aumentad mi dolor!  
No la merece quien hace  
de su afecto adoracion,  
y rendido á vuestras plantas...  
INES. Paso!  
JUAN. Qué?  
INES. Donde yo estoy...  
JUAN. (Mentirla amores conviene: (*A Ines.*)  
no la saqueis de su error.)  
INES. (Conviene?)  
JUAN. (Pues! solo así  
vencemos su obstinacion.)  
INES. (Estremado pensamiento!)  
TEODORA. Y os atreveis, vive Dios!  
á ofrecerme?..  
JUAN. Por qué?  
TEODORA. Es ya  
muy codiciado ese amor.  
INES. Qué es lo que dices?  
TEODORA. No es cierto?  
tambien á tí te engañó  
mintiéndote fe, y jugando  
con tu inocencia y candor.  
INES. Pues bien: yo quiero que veas  
mi nobleza y condicion.  
Si en eso estriba tu dicha;  
si yo el obstáculo soy  
que intimida á tu esperanza,  
acéptala sin temor;  
pero en cambio, cesen ya  
tus iras.  
TEODORA. (Eso...) (*A don Juan admirada.*)  
JUAN. (Es ficcion.) (*A Teodora.*)



- TEODORA. Ines, te empeñas en vano:  
tiene causa mi rencor...
- INES. Basta! yo sé que le quieres:  
tú me lo has dicho.
- TEODORA. Quién, yo?
- INES. No lo niegues.
- TEODORA. No esperaba:  
que tú me hicieras traicion.  
Revelar mis sentimientos!
- INES. Ya lo veis! es el rubor (*A don Juan.*)  
el que impide...
- TEODORA. Calla!
- INES. Deja!  
si se revela en tu voz...
- TEODORA. Tanto harás!..
- INES. No os lo decia?
- TEODORA. Pero el que una vez faltó  
á su fe, no será extraño  
ni nuevo que falte dos.  
—Sin embargo, no resisto.
- INES. (*Qué pronto que lo creyó!*) (*A don Juan.*)
- JUAN. Dejad que esa blanca mano...  
(*Va á besar la mano á Teodora: Ines le detiene.*)
- INES. Eh?
- JUAN. (*Para hacer la ilusion (Ap. los dos.)*  
completa...)
- INES. (*No, por mi vida!*  
no os quiero besucador!)
- TEODORA. En fin; si á mis pies ofrece  
que será, como ofreció,  
constante, no será extraño....
- JUAN. Yo os juro á fe de español, (*Hincando una rodilla.*)  
no olvidar á la que adoro.
- TEODORA. Si es así, palabra os doy  
de amaros.
- INES. Y de salvarle?
- TEODORA. Oh! sí, Ines; tienes razon.
- GIRON. Sinó me engaño, relevan  
la centinela.
- TEODORA. Gran Dios!
- JUAN. Qué os asusta?
- TEODORA. Sobornado

ese hombre, entrada nos dió,  
y ahora tal vez...

JUAN. Estais presas.

TEODORA. Presas!

INES. Pero eso es atroz!

Es preciso que salgamos.

GIRON. Y no es eso lo peor,  
sino que don Diego viene.

INES. Mi padre!

TEODORA. Ay!

JUAN. (En qué ocasion!) (*Con alegría.*)

Escondeos aquí, y os ruego  
que ninguna de las dos  
pierda una sola palabra

(*Las hace entrar por la izquierda.*)

de lo que hablemos.—Giron,  
ocúltate.

GIRON. Estoy en todo.

JUAN. Escucha, y ojo avizor.

(*Giron entra por la primera puerta de la derecha: un momento despues, sale don Diego por la segunda del mismo lado.*)

## ESCENA VII.

*Dichos y DON DIEGO.*

DIEGO. Don Juan, si me dais licencia...

JUAN. Ironía! ¿el carcelero  
la pide á su prisionero?

DIEGO. Si os enoja mi presencia...

JUAN. Entrad, don Diego: yo sé  
que os interesa, y no poco,  
esta venida.

DIEGO. Tampoco

(*Dejando la capa y el sombrero sobre una silla.*)  
os está mal.

JUAN. Ya veré.

DIEGO. Sentémonos.

JUAN. Que me place. (*Se sientan.*)

DIEGO. Estais bien aquí?

JUAN. No soy  
exigente: bien estoy.

- DIEGO. Eso no me satisface. Quiero que vivais aquí, puesto que, libre, no sea posible, como desea la voluntad que hay en mí.
- JUAN. Gracias. (Dónde irá á parar?)
- DIEGO. Ya veis que al fin me he lanzado otra vez, al ya olvidado ejercicio militar.
- JUAN. Y os va bien?
- DIEGO. Sí.
- JUAN. Con franqueza: ¿responde á vuestra esperanza el éxito?
- DIEGO. La balanza á inclinárseos empieza.
- JUAN. Es decir, que no va mal.
- DIEGO. Cierto; y será maravilla que nos quede de Castilla un soldado en Portugal. Ya empiezan las deserciones.
- JUAN. Imposible.
- DIEGO. De esta guerra injusta, el fin les aterra y abandonan sus pendones. La justicia nos abona de nuestra causa.
- JUAN. Sucede á veces...
- DIEGO. Ya contar puede por suya el prior la corona. Y si vos...—Pudiera ser que os conviniese.
- JUAN. Hablad claro.
- DIEGO. Os tengo aquí sin amparo, rendido y en mi poder. Pues bien, si á esta causa justa dais de adhesion testimonio...
- JUAN. Yo servir á don Antonio!
- DIEGO. Teneis la conciencia adusta!
- JUAN. Yo no quebranto la ley que debo...

- DIEGO. A quién? á un tirano!
- JUAN. Don Diego!.. no está en mi mano  
hacer mas: ese es mi rey,  
y benignas ó severas  
sus leyes sustentaré,  
y á verter mi sangre, iré,  
donde vayan sus banderas.  
Juré lealtad, y un momento  
no me ha podido turbar  
la idea de quebrantar  
mi sagrado juramento.
- DIEGO. Mas la razon, la prudencia,  
bien pueden...
- JUAN. Ya estais cansado!  
Nada le importa al soldado  
tanto, como la obediencia.  
No es otra su obligacion;  
y cuando vienen rodadas  
y hay guerra, dar cuchilladas  
con razon ó sin razon.
- DIEGO. Pésame que os obstineis  
en rechazar el partido...
- JUAN. Nunca!
- DIEGO. Vos lo habeis querido:  
por lo tanto, no os quejeis.
- JUAN. Pues qué?
- DIEGO. Ya está vuestra suerte  
decidida, y á fe mia  
que tan solo pretendia  
libertaros de la muerte.
- JUAN. Faltareis á la lealtad...
- DIEGO. Yo del peligro os prevengo.
- JUAN. Y yo en ese punto, tengo  
completa seguridad.  
No es noble ni bien nacido  
quien de su poder abusa.
- DIEGO. Es, don Juan, que se os acusa  
de un crimen.
- JUAN. Quién ha podido... (*Con violencia.*)
- DIEGO. Yo de ofenderos no trato;  
pero hay cosas...
- JUAN. Decid, pues, (*Calmándose.*)

sin temor: y el crimen es?..

DIEGO. De incendio y asesinato.

JUAN. ¡Ya hay causa para el rigor  
conque tratarme pretende  
vuestra cólera!

DIEGO. Se entiende,  
que hay pruebas.

JUAN. Eso es peor.

DIEGO. Bien lo podeis colegir,  
cuando tal proyecto formo.

JUAN. Si eso es así, me conformo  
y me dispongo á morir.  
Pero antes saber quisiera  
dónde y cómo pasó el lance  
horrible, que á tan mal trance  
me lleva de esta manera.

DIEGO. Supongo que conoceis  
esta prenda. (*Sacando la cruz.*)

JUAN. Cierto: es mia. (*Cogiéndola.*)

DIEGO. Me pasma vuestra osadía!

JUAN. No es poca la que teneis.

DIEGO. Decidme; ¿cómo llegó  
á vuestras manos, y dónde,  
esta prenda? no responde?

JUAN. Vos lo sabeis como yo.

DIEGO. Sí; lo sé! por eso mismo;  
por no sé qué simpatía  
necia, salvaros queria  
á la orilla de un abismo.  
Esta es la prueba fatal  
del crimen.

JUAN. (*Y no le mató!*)

DIEGO. De un horrendo asesinato.

JUAN. Lo vais esplicando mal.

DIEGO. No siempre la tumba es muda.

—¿No veis la sombra de Elena  
que inexorable os condena?

JUAN. Elena decís? (*Fingiendo no acordarse.*)

DIEGO. La viuda!

JUAN. Pero... estais en un error.

Los que el crimen cometieron,  
ni aun consumarle supieron.

- DIEGO. No entiendo! esplicaos mejor.  
JUAN. La viuda, debió tener  
algun oculto enemigo  
sin duda.
- DIEGO. Tal vez: no digo  
que no.
- JUAN. Todo puede ser.  
Y ese enemigo, quizá,  
—suponiendo que existió,—  
cuando el crimen cometió,  
llevaba otro objeto.
- DIEGO. (*Turbado.*) Ya!  
Pero esos cargos...
- JUAN. Son fieles.
- DIEGO. Y para caso tan grave,  
qué pudo buscar?
- JUAN. Quién sabe?
- DIEGO. Joyas, dinero?..
- JUAN. O papeles. (*Pausa.*)
- DIEGO. ¿Mas supuesto que así sea,  
que yo, perdonad, lo dudo,  
el bribon al fin no pudo  
llevar á cabo su idea?
- JUAN. No.
- DIEGO. Y pasto de aquel voraz  
incendio...
- JUAN. Lo errais, don Diego.
- DIEGO. Qué! se salvaron del fuego?
- JUAN. Ciertamente.
- DIEGO. Vaya en paz.  
(No desmayes, corazon!)  
Cónque así? (*Con softama.*)
- JUAN. Como lo oís! (*Lo mismo.*)
- DIEGO. Ya esas cosas que decis,  
pasan de suposicion.
- JUAN. Y cómo!
- DIEGO. Pues de ese modo,  
lo del contrario encubierto,  
no era ficcion.
- JUAN. No por cierto.
- DIEGO. Válgame Dios! (*Con fingida admiracion.*)
- JUAN. Y á mí y todo.

- DIEGO. Y esos papeles , sin duda  
contienen...
- JUAN. Frioleras tales  
como recibos y vales  
en favor de la viuda.
- DIEGO. Entiendo! entiendo! ¿y están  
en vuestro poder? (*Sobresaltado.*)
- JUAN. No digo...
- DIEGO. ¿Y si ese oculto enemigo  
los quisiera, capitan? (*Con decision.*)
- JUAN. Le conoceis?
- DIEGO. Un tesoro  
os dará.
- JUAN. Yo bien lo creo!  
mas...
- DIEGO.Cuál es vuestro deseo?  
á montes pedid el oro.
- JUAN. Pues se puede entre los dos  
este negocio tratar?  
(*Despues de mirarle fijamente un instante.*)  
Me vais á hacer sospechar  
que ese enemigo sois vos.
- DIEGO. Pues bien! yo soy.
- TEODORA. Ah! (*Asomada á la puerta.*)
- DIEGO. ¿Qué precio  
poneis? cuanto tengo y valgo  
es vuestro, don Juan.
- JUAN. Ya es algo;  
sin embargo, lo desprecio.  
No hay en el mundo riqueza  
que pague tan gran tesoro.  
Y lo que quereis?..
- DIEGO. No es oro.
- DIEGO. No? pues qué!
- JUAN. Vuestra cabeza.
- DIEGO. Os quereis burlar!
- JUAN. Os juro  
que no.
- DIEGO. Mirad, que os hallais  
en mi poder, y aun no estais  
de la victoria seguro.
- JUAN. No os admire mi confianza.

- Aun no sabeis por completo  
en qué estriba mi secreto,  
que es á la par mi esperanza
- DIEGO. Pero si el secreto espira  
con vos, como está en mi mano  
hacerlo...
- JUAN. Todo es en vano.
- DIEGO. Vuestra entereza me admira!  
¿Pues hay alguno, quizás,  
que lo sepa como vos?
- JUAN. Antes, solo éramos dos;  
pero hoy, ya son muchos mas.
- DIEGO. Es decir, que estoy perdido!
- JUAN. Así parece.
- DIEGO. Aunque bien  
mirado, no es fácil: ¿quién  
las pruebas ha sorprendido  
de mi crimen? era oscura  
la noche; Elena murió,  
y nadie allí entrar me vió.
- JUAN. Y eso, quién os lo asegura?  
Ah! ¿quereis que de ese horrible  
delito, la causa toda  
os explique?
- DIEGO. Me acomoda.
- JUAN. Lo sé todo.
- DIEGO. Es imposible.
- JUAN. Los bienes de que hoy gozando  
estais, no son vuestros.
- DIEGO. Cierto;  
pero...
- JUAN. No bien hubo muerto  
vuestro socio don Fernando,  
como en vuestras manos, todo  
estaba, libros y rentas,  
hicísteis corte de cuentas...  
no hay que decir de qué modo.  
Las pruebas de vuestro engaño,  
tan solo darlas podia  
don Fernando, y este habia  
perecido en pais extraño.  
Pero algun amigo fiel



que mas dichoso, alcanzó  
la libertad, y volvió  
desde las playas de Argel,  
trajo á la viuda esas pruebas  
que os debieron despojar.

DIEGO. Oh! sí!

JUAN. Comprendo el pesar  
que os causaron tales nuevas.

Vísteis á la viuda, y ciego,  
despues que en vano empleásteis  
la persuasion, la matásteis.

DIEGO. —Esta es la historia, don Diego.  
Oh! no estrañeis que me asombre!  
decidme, en fin, con quién hablo?

JUAN. Pues! por qué?

DIEGO. (Sinó es el diablo,  
le tiene en el cuerpo este hombre!)

JUAN. Admirado éstais.

DIEGO. Sí á fe.

JUAN. Basta! os sacaré de pena.

DIEGO. Tan solo viviendó Elena...  
mas no es posible!

(*Mirando á don Juan con ansiedad.*)

JUAN. Por qué?

DIEGO. Sí, sí!.. lo comprendo ahora!  
Imbécil!

JUAN. Vive la viuda;  
y por si os quedare duda,  
mirad. (*Sacando la carta y enseñándosela.*)

DIEGO. Fortuna traidora!  
(*Pasando la vista por la carta con rapidez.*)

JUAN. Yo á los brazos de la muerte,  
impulsado por mi estrella,  
la arranqué; pero en aquella  
ocasion, postrada, inerte,  
nada revelarme pudo  
de aquel horrible suceso;  
pero esta carta...

DIEGO. Ni aun eso (*Furioso.*)

os salvará.—Por qué dudo?

Puesto que ya sin amparo  
os tengo aquí, vos me habeis

de pagar...  
JUAN. Ved lo que haceis,  
don Diego, no os cueste caro!  
DIEGO. De mi crimen sois testigo.  
JUAN. Y qué quereis? fue desgracia.  
DIEGO. Oh! yo domaré esa audacia.

(Don Diego va á herir á don Juan, y este, haciéndose atras, le encara una pistola, y otro tanto hace Giron por el lado opuesto. Las mujeres se interponen.)

## ESCENA VIII.

Dichos. TEODORA, INES y GIRON.

JUAN. Atras!  
DIEGO. Cómo! (*Sorprendido.*)  
JUAN. Atras, os digo!  
TEODORA. Don Juan!  
INES. Padre!  
DIEGO. Dios del cielo! (*Con abatimiento.*)  
¿quiere ya tu providencia  
que se cumpla mi sentencia?  
INES. Piedad!  
JUAN. (*Se ha rasgado el velo.*) (*Ap. á don Diego.*)  
Tú, Giron! si á dar se atreve  
un grito, no tengas de él  
compasion.  
GIRON. Suelta la piel  
á mis manos, si se mueve.

(Don Juan coge el sombrero y la capa de don Diego, y disfrazado de este modo, se va por la puerta de la derecha.)

DIEGO. Pese á mis iras!  
GIRON. Mirad  
lo que haceis, porque, os lo advierto;  
si dáis un paso, sois muerto.  
INES. Giron! Giron, por piedad!  
GIRON. Jugando estamos el todo,  
y aquí no hay piedad que valga.  
TEODORA. No, no permitas que salga.  
GIRON. Permitirl de ningun modo.

## ESCENA IX.

DON DIEGO, INES, TEODORA, GIRON y PEREIRA *que sale desalentado.*

PEREIRA. Favor.—Ah! (*Viendo á Giron.*)

DIEGO. Y el capitan?

PEREIRA. Huyó. (*Se oye un tiro.*)

TEODORA. Qué es eso!

(*Asustada y asomándose á la reja del fondo.*)

DIEGO. ¡La suerte

me ayuda! le han dado muerte!

GIRON. Lo veremos, voto á San...

(*Vase por la derecha.*)

DIEGO. Y tú, imbécil...

PEREIRA. Yo no puedo

remediar...

DIEGO. Dime, ¿por qué

le dejaste?..

PEREIRA. Yo no sé:

me parece que fue miedo.

DIEGO. Ven, y nada te acobarde.

(*Se oyen á lo lejos voces.*)

PEREIRA. Ya no hay esperanza alguna.

DIEGO. Probaremos la fortuna,  
Pereira! acaso aun no es tarde.

(*Vase con Pereira.*)

## ESCENA X.

INES.—TEODORA.

INES. Y le dejas!

TEODORA. ¿Quién podría  
detenerle?

INES. Cómo ha sido  
que don Juan?..

TEODORA. Nada has oído?

INES. Nada, Teodora, á fe mia.

No quisiste consentir  
que oyese todo el relato,

- TEODORA. y obedecí tu mandato.  
Hiciste bien en no oír.  
Por tu dicha te conjuro!  
Ay! si averiguar pretendes  
este secreto, y sorprendes  
la verdad.
- INES. No; te lo juro.  
Teodora, no sé qué imperio  
ejerce en mí tu mirada.
- TEODORA. No procures saber nada  
de ese espantoso misterio.  
(*Vuelven á oírse las voces,*)  
Oyes?  
(*Ambas se dirigen á la reja.*)
- INES. Sí; ¿mas por qué son  
esas voces?
- TEODORA. ¿No se escucha  
rumor de armas?
- INES. No, aunque es mucha  
la grita y la confusion.
- TEODORA. Engañarme no quisiera!  
(*Acercándose á la puerta de la derecha y aplicando el oído.*)
- INES. Ese rumor me intimida!  
Si de mi padre la vida  
peligrara!..
- TEODORA. Calla: espera!  
Alguien viene.
- INES. Pero quién?  
Ah! (*Viendo salir á don Juan.*)

## ESCENA XI.

*Dichas y DON JUAN.*

- JUAN. Respiremos.
- INES. Qué veo?
- TEODORA. No me engaña mi deseo?
- JUAN. Al fin salimos con bien.
- INES. Mi padre...
- JUAN. Sin duda ha huido:  
De la puerta salí apenas,  
las calles encontré llenas

por el pueblo conmovido.

TEODORA. Mas cómo fue?..

JUAN. En un momento

la nueva de que venia  
don Lope, cundido habia;  
y fue tal el desaliento  
de esa turba, que encontré  
plazas y calles sembradas  
de mosquetes y de espadas.

TEODORA. Y don Diego?

JUAN. Nada sé.

TEODORA. Sin duda que habrá logrado  
salvarse.

JUAN. Pues si cayera  
en mis manos...

INES. Qué? (*Con timidez.*)

JUAN. Es severa

la ley.

TEODORA. (*Callad, desdichado! (Ap. á don Juan.)*)

Ella ignora cuanto aquí  
hablásteis, y está inocente  
de aquel crimen.)

JUAN. (*Ciertamente!*)

qué he dicho? necio de mí!

Ines! que alenteis os ruego.

INES. Ah! no!

JUAN. Segun mis noticias,  
huyó vuestro padre.

## ESCENA XII.

*Dichos. GIRON, y despues DON DIEGO, conducido por algunos soldados castellanos, que se quedarán á la puerta de la derecha sin salir.*

GIRON. Albricias!

cayó en la trampa don Diego!

INES. Ah!

TEODORA. Qué has hecho?

GIRON. Pese á tal!.. (*Admirado.*)

INES. Padre! (*Corriendo hácia don Diego.*)

DIEGO. Don Juan; aquí estoy

en vuestro poder: yo soy  
vuestro enemigo mortal.  
Aquí teneis mi cabeza;  
mas que apresureis os pido  
mi muerte.

- INES. (Aun no está perdido  
todo: es tanta su nobleza!)  
(*Ap. á don Diego y mirando á don Juan.*)
- DIEGO. No; yo no puedo vivir...
- TEODORA. Por qué razon?
- DIEGO. Ya lo ves. (*Mirando á su hija.*)
- TEODORA. (Bien quiso escucharlo Ines;  
mas yo lo pude impedir.) (*Ap á don Diego.*)
- DIEGO. Es posible! ¡tras de tantas  
angustias, este consuelo  
me das! ay! besaré el suelo  
donde pisaren tus plantas!
- TEODORA. Callad!—(De aquí ha de salir (*Ap. con don Juan.*)  
libre don Diego.)
- JUAN. (Imposible!  
olvidais la historia horrible!...)
- TEODORA. (Sé lo que vais á decir.)
- JUAN. (Debe vuestra madre á ese hombre  
tanto dolor, tan amargo!)
- TEODORA. (Teneis razon; sin embargo,  
yo le perdono en su nombre.)
- JUAN. (Magnánimo corazon!)  
Este hombre no es delincuente. (*Alzando la voz.*)
- GIRON. Cómo! (*Admirado.*)
- JUAN. (Despacha á esa gente, (*Ap. á Giron.*)  
y disimula, Giron.)  
(*Giron se acerca á los soldados, que un momento despues se  
retiran.*)
- DIEGO. Gracias, don Juan.
- JUAN. (Ahora os vais (*Ap. les dos.*)  
donde aun los vuestros se baten.)
- DIEGO. (No, no!)
- JUAN. (Sí, y haced que os maten  
tan pronto como podais.)
- DIEGO. (Es verdad: solo una muerte  
honrada, podrá espíar  
mi culpa.)

- JUAN. De este lugar  
salid luego: de otra suerte,  
no respondo...
- DIEGO. Decis bien;  
mas para salir del muro...
- JUAN. Tú irás hasta que en seguro  
de todo peligro estén. (A Giron.)
- INES. Don Juan, esta era mi estrella: (En voz baja.)  
puesto que Teodora os ama,  
yo, sofocando esta llama,  
me sacrifico por ella.
- JUAN. (Pobre Ines.)
- INES. Amadla vos.
- JUAN. Si me lo mandáis...
- INES. Es justo.
- JUAN. Lo haré, por ser vuestro gusto.
- INES. Adios, para siempre.
- JUAN. Adios! (Mirándola con lástima.)
- GIRON. (Yo en esto, no entro ni salgo;  
pero...)
- DIEGO. Ven: no hay un momento (A Ines.)  
que perder.  
(Se dirige á la puerta de la derecha con Ines.)
- GIRON. (En fin... lo siento  
que se me vaya sin algo.)

### ESCENA XIII.

TEODORA, DON JUAN. Luego BEATRIZ.

- JUAN. Y vos, Teodora...
- TEODORA. Don Juan?.. (Conmovida.)
- JUAN. Pues nada hay ya que lo impida,  
¿querrá esa mano querida  
poner término á mi afan?
- TEODORA. Si es muy grande vuestro empeño,  
madre tengo á quien podeis  
pedirla, y la alcanzareis,  
porque os quiere bien su dueño.
- BEATRIZ. Llego á buen tiempo?
- TEODORA. Beatriz!
- BEATRIZ. Dia de albricias es hoy!

- Me habré engañado?
- TEODORA. No: soy completamente feliz.
- BEATRIZ. No se os conoce el contento! (*Con malicia.*)
- JUAN. Y ahora, con vuestro permiso...
- BEATRIZ. Nos dejais?
- JUAN. Sí: me es preciso buscar nuevo alojamiento.
- TEODORA. Oh! gracias!
- BEATRIZ. ¡Es un tesoro el capitán!
- JUAN. Será corta mi ausencia; pero esto importa por vos, por vuestro decoro.
- TEODORA. Sí, don Juan.
- JUAN. Ya no habrá calma para mí.
- TEODORA. Por qué razón?
- JUAN. Se queda aquí el corazón!
- TEODORA. Y vos... me llevais el alma!

FIN DE LA COMEDIA.



## **ERRATA.**

---

En la página 2.<sup>a</sup> línea 40 donde dice 1500, léase 1580.

## ΑΤΑΞΙΣ

ΠΡΟΣ ΤΟΝ ΚΑΘΗΜΕΡΟΝ ΚΑΙ ΤΟΝ ΕΒΔΟΜΙΑΙΟΝ ΚΑΙ ΤΟΝ ΕΤΕΡΟΝ

THE HISTORY OF THE

REIGN OF CHARLES THE FIRST

1625  
1626  
1627  
1628  
1629  
1630  
1631  
1632  
1633  
1634  
1635  
1636  
1637  
1638  
1639  
1640  
1641  
1642  
1643  
1644  
1645  
1646  
1647  
1648  
1649  
1650  
1651  
1652  
1653  
1654  
1655  
1656  
1657  
1658  
1659  
1660  
1661  
1662  
1663  
1664  
1665  
1666  
1667  
1668  
1669  
1670  
1671  
1672  
1673  
1674  
1675  
1676  
1677  
1678  
1679  
1680  
1681  
1682  
1683  
1684  
1685  
1686  
1687  
1688  
1689  
1690  
1691  
1692  
1693  
1694  
1695  
1696  
1697  
1698  
1699  
1700

## PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.



**Madrid: Librerías de Cuesta, Rios, Mutule  
y Publicidad.**

### PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Cuartero.	<i>Lorca.</i>	Delgado.
<i>Alcoy.</i>	Martí é hijos.	<i>Logroño.</i>	Ruiz.
<i>Algeciras.</i>	Monet.	<i>Málaga.</i>	Medina.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Murcia.</i>	Andrion.
<i>Almeria.</i>	Vergara y Com- pañia.	<i>Orense.</i>	Novoa.
<i>Aranjuez.</i>	Sainz.	<i>Oviedo.</i>	Sanz.
<i>Avila.</i>	Gayoso.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Badajoz.</i>	V. de Carrillo	<i>Palencia.</i>	Brizuela.
<i>Barcelona.</i>	Sauri.	<i>Palma.</i>	Rullan-Herma- nos.
<i>Benavente.</i>	Blanco.	<i>Pamplona.</i>	Imprenta de la Ilustracion.
<i>Bilbao.</i>	Velasco.	<i>Pontevedra.</i>	Andrade.
<i>Burgos.</i>	Calle.	<i>Puerto de San- ta Maria.</i>	Valderrama.
<i>Cáceres.</i>	Gallardo.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Cádiz.</i>	Moraleda.	<i>Sta. Cruz de</i>	
<i>Córdoba.</i>	L. de la Torre.	<i>Tenerife.</i>	Bonnet.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Santander.</i>	Riesgo.
<i>Castellon,</i>	G. Otero.	<i>Santiago.</i>	Sanchez y Rua.
<i>Ciudad Real.</i>	Gonzalez.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Coruña.</i>	Perez.	<i>Segovia.</i>	Alejandro.
<i>Ferrol.</i>	Tajonera.	<i>S. Sebastian.</i>	Baroja
<i>Gerona.</i>	Palahi.	<i>Sevilla.</i>	Fee.
<i>Gijon.</i>	Abreu.	<i>Salamanca.</i>	Torres.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Tarragona.</i>	Puygrubi.
<i>Guadalajara.</i>	Marchs.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Huelva.</i>	M. Lopez.	<i>Teruel.</i>	Perez.
<i>Huesca.</i>	Martinez.	<i>Ubeda.</i>	Gorriz.
<i>Jaen.</i>	S S. Sagristá y Compañia.	<i>Valencia.</i>	M. Garin.
<i>Játiva.</i>	Bellver.	<i>Valladolid.</i>	Rodriguez.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Vitoria.</i>	Ormilague.
<i>Leon.</i>	Redondo.	<i>Zamora.</i>	Pimentel.
<i>Lérida.</i>	Sol.	<i>Zaragoza.</i>	Gallifa.
<i>Lugo.</i>	Pujol y Masia.		